BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

# MUTACION

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

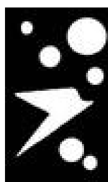
# MUTACIÓN

**Colección**

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 174**

**Publicación semanal**

**Aparece los VIERNES**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

*Depósito Legal: B 38.882–1973*

*ISBN 84-02-02525-0*

*Impreso en España – Printed in Spain*

*1. ª edición: diciembre, 1973*



de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1973

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

# ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. —La casa del frío eterno, *Silver Kane*.
2. —La amenaza viene del pasado,*A. Thorkent*.
3. —La fábrica, *Marcus Sidéreo.*
4. —Después del segundo diluvio, *Glenn Parrish.*
5. —Las montañas movedizas, *J. Chandley*.

# PREFACIO

No les voy a contar nada que desconozcan.

Todos ustedes están enterados de los hechos. Perfectamente enterados. Por desgracia, los han sentido en sí mismos. Siguen sintiéndolos en estos momentos. Saben a lo que aludo, y conocen cuál es la historia. *Mi* historia. Y la de todos ustedes. La historia de todos *nosotros.*

Pero muchos de ustedes, acaso la mayoría, ignoran cómo empezó todo. Y lo que luego siguió, durante aquellas dramáticas y terribles jomadas en que todo parecía perdido.

Incluso ahora, me pregunto si no se habrá perdido todo… Si no será inútil alimentar esperanzas.

No, no debo pensarlo. Yo, menos que nadie. Ustedes esperan y confían. Confían en mí, en lo que yo he dicho. Dios quiera que no les defraude, que no les decepcione. Una desilusión, a estas alturas, sería tremendo. Realmente terrible. Para todos.

No he podido resistir a la tentación de escribir todo eso. Cuanto sucedió, desde su primer día. Desde la fecha inicial de esta pesadilla, de este horror que estamos viviendo usted y yo, su vecino y el mío aquél y el otro…

Ya nos hemos hecho a la idea, claro. Hace demasiado tiempo que recibimos el primer mazazo, para que, como humanos que somos, no nos hayamos adaptado a la realidad, no hayamos aceptado con resignada conformidad lo que es inevitable. Aun así, a veces, sé de personas que han sufrido crisis, graves crisis anímicas. Sé de seres que intentaron matarse. O que se mataron, a pesar de todos los esfuerzos de aquellos que aún conservamos la entereza y el control de nuestros nervios.

Mejor que nadie sé lo difícil que es aceptar ciertas cosas admitir que *esto* pueda estar sucediendo. Que me haya sucedido a mí,

a mi familia, a mis amigos. E incluso a mis enemigos...

Creo que todo prefacio es inútil porque todos ustedes, mis lectores, están en mi mismo trance. Y no puedo saber si, cuando lean *esto,* habrán vuelto a ser nuevamente lo que antes fueron... o todo seguirá igual.

La Mutación...

Dios mío, ¿cómo, dónde y por qué comenzó la Mutación?

Resulta paradójico que, después de tanto ahondar en la cuestión, de tan exhaustivas investigaciones, vueltas y más vueltas al problema, uno siga tan a oscuras como el primer día. Uno, después de todo este tiempo tratando de comprender algo, se da cuenta de que no entiende nada.

Usted, y usted, y usted, saben *cuándo* empezó la Mutación. Los síntomas de la Enfermedad fueron los mismos en todos los casos. Y luego...

Luego, ocurrió.

¿Se acuerda del momento preciso en que se dio cuenta de que las cosas ya no eran como antes para usted, amigo mío? ¿Se acuerda su esposa, su hijo, su vecino, su médico, su pariente, el cartero de su distrito, el repartidor de la leche, el vendedor de periódicos, el policía del cruce de calles?

Sí, seguro que todos se acuerdan. Todos ustedes saben en qué momento se vieron como ahora son. Como somos todos.

Y lo curioso..., lo curioso es que nos dimos cuenta exacta de lo que sucedía, sólo por aquello que nos rodeaba, no por nosotros mismos. El relativo concepto de las cosas que tenemos todos los seres humanos, no se había alterado ni desequilibrado por la Enfermedad. Antes al contrario, al despertar aquella mañana desapacible y fría del mes de noviembre, todos creímos iniciar un nuevo y rutinario día más.

Estoy hablando por mí mismo, claro. Pero sé que no puede haber grandes diferencias entre mi caso y el suyo. Lo hemos vivido exactamente igual. No importa nuestra condición social, económica o humana. Todos hemos sentido y sentimos lo mismo. Todos hemos desesperado, hemos confiado, hemos vuelto a desesperar y... Y ahora, no sé. No sé qué pensar, cuando echo la vista atrás, haciendo recuento de los hechos vividos. No sé qué pensar cuando dirijo mi vista adelante y me pregunto, angustiado:

—Y ahora..., ¿ahora qué? ¿Qué va a suceder por fin?

Pero suceda lo que suceda, depende de mañana.

Mañana...

Sí, es lo que todos estamos esperando. El día siguiente. Mañana. Estamos deseando acostamos y dormir. Cerrar los ojos, descansar, hundirnos en el sopor. Algunos llevan trajinando horas y horas, para caer agotados y ser vencidos por el sueño. Otros recurren a narcóticos, a drogas somníferas de todo tipo. Nadie quiere estar despierto cuando... cuando *ello* suceda. No. Todos preferimos que ocurra como ocurrió entonces..., pero al revés. Y que la normalidad vuelva, si es que vuelve, cuando estemos descansando.

*Si es que vuelve...*

Es lo terrible de todo esto. No sabemos nada. No podemos saberlo. Confiamos, esperamos, pero no estamos seguros. Sencillamente, *queremos* creer que resultará bien. Estamos obligados a creer. Necesitamos creer. Sería demasiado horrible que, al despertar mañana, todo continuara igual y...

No, no, Señor. No permitas que *eso* suceda. Escucha nuestros ruegos, el murmullo de las voces de nuestro corazón, llamando a Tu clemencia a Tu perdón hacia nuestras culpas.

Es posible que todo salga bien. Y al despertar incluso nos preguntemos, aturdidos, perplejos, incrédulos:

—¿Habrá sido todo un sueño, una vulgar pesadilla?

Quizá queramos creer eso. Y ni siquiera hablemos con los demás de todo lo ocurrido para no saber la verdad, para no afrontar con miedo la realidad de que *sí* hemos vivido este horror, de que esto que sucede, está sucediendo en la realidad, y no en un maldito sueño.

Mañana tal vez todo cambie. Tal vez. Esperemos que sea así. Pero mientras el mañana llega, recordemos el ayer, vivamos el hoy y tratemos de pensar, de analizar, de aprender...

Aprender sobre todo. Yo he aprendido muchas cosas en este tiempo.

Desde que llegó la Enfermedad, he descubierto muchos errores humanos, en los que yo fui el primero en incurrir. He sabido cuál es la exacta dimensión del ser humano. He aprendido algo sobre valor y cobardía, sobre amor y odio, sobre lealtad y traición, sobre sinceridad

e hipocresía, sobre solidaridad y egoísmo…

Sí. He aprendido mucho. Y supongo que ustedes también. Ahora ya saben qué es lo que pueden esperar de los demás y de sí mismos. Ahora tienen la medida exacta de muchas cosas que no cambiaron en absoluto en esta Mutación, sino que se revelaron en su justa dimensión.

Incluso yo he aprendido. O quizá yo más que nadie. Porque estaba necesitado de aprender. Porque creía saberlo todo o casi todo acerca de mí mismo, de los míos, de mi abuelo, de mi gente, de mis obligaciones morales y materiales… y supe, repentinamente, cuando llegó la Mutación que estaba en un error total. Que nada era como yo creía y como mucha gente pretendía hacerme creer.

Tuvo que suceder esto para que yo conociera la realidad. Para que me sintiera más responsable que nunca, cuando en realidad apenas si podía hacer nada por mí o por los demás.

Tuvo que llegar la Enfermedad. Tuvo que darse la Mutación.

Tuvimos que ser todos… lo que ahora somos. Y entonces, entendimos, o creimos entender. Y ya era tarde. Era tarde para todo. Incluso para volver a ser lo que fuimos antes.

La Mutación…

Dios mío, nunca pensé que algo tan simple pudiera cambiar tanto las cosas. Nunca creí que continuando nosotros con nuestro mismo aspecto físico, con nuestra normal apariencia, pudiéramos ser tan diferentes.

Hizo falta mirar primero alrededor, a lo que nos rodeaba.

Y luego, dentro de nosotros mismos.

Entonces supimos lo que ocurría. Entonces averiguamos lo poco que realmente valíamos. Conocimos, mejor que nunca, nuestra pequeñez. Lo falso de nuestra pretendida grandeza. Fue el fin de toda soberbia. La aniquilación de todo orgullo.

La lección ha sido muy dura, sí. Sólo hace falta que sirva para algo.

Sólo es preciso que comprendamos, ahora que aún somos lo que somos, que estamos en la situación en que estamos, luchando con nuestras tremendas limitaciones, debatiéndonos en este caos que es el mundo que nos rodea. El mundo que nosotros hicimos. El mundo que

nos engulle que nos aplasta.

Yo vuestro amigo, vuestro compañero de infortunio, os hablo ahora como lo que realmente soy desde aquel día increíble de noviembre, en que todo sucedió.

Os quiero hablar como el simple ciudadano y camarada que soy. Os quiero hablar sólo como Luther Killey, el hombre.

Pero también estoy obligado a hablaros como Luther Killey, el presidente electo de los Estados Unidos de América. Vuestro presidente, desde aquellos días de noviembre, previos a la llegada de la Enfermedad. Poco antes, muy poco antes de la Mutación...

Yo, Luther Killey. El primer presidente *que mide tan sólo una pulgada de estatura...***(1)**

Igual que tú, lector amigo. Igual que todos vosotros, ciudadanos americanos o ciudadanos del mundo. Igual que todo ser viviente de la especie humana, en este desdichado planeta..., sólo mido una ridícula, una miserable pulgada de altura...

# *PRIMERA PARTE*

# REDUCCIÓN

## CAPÍTULO PRIMERO

La mañana del 27 de noviembre de 1992, amaneció fría desapacible y con algunas gotas de lluvia sobre Washington, viniendo de un grisáceo cielo encapotado, nada atractivo.

Kate y yo nos habíamos acostado tarde la noche anterior, tras la recepción especial a los senadores, con asistencia de nuestro amigo personal, el embajador de Gran Bretaña, sir Ronald Wingate, y su deliciosa esposa, la señora Leslie Wingate, siempre capaz por sí sola de animar la más aburrida de las fiestas sociales o políticas de Washington.

Recuerdo vagamente que abusamos un poco del champaña, pero tanto Kate como yo sabíamos beber y llevar dignamente la bebida, y salvo un leve dolor de cabeza, el buen champaña francés no nos causó tampoco mayores problemas a ninguno de los dos.

Todavía no me consideraba yo presidente verdadero de los Estados Unidos, entre otras cosas porque no había tomado posesión del cargo, ni era huésped de la Casa Blanca, cosa que sucedería en los inicios de 1993, conforme lo establecido. El actual presidente, Hamilton Adams, era todavía el responsable oficial de la política de mi país. Y salvo el hecho de que él fuese republicano y yo demócrata, nos llevábamos bastante bien en el terreno personal y oficial.

Aquella mañana gris y lluviosa, sucedió todo.

Entonces se presentó la Enfermedad. Aunque en realidad, supe más tarde que todos habíamos tenido los mismos síntomas previos, sin darles la menor importancia. Puede decirse por tanto, para ser exactos, que la Enfermedad propiamente dicha, estaba ya entre nosotros, solapadamente. Y que aquel día 27 de noviembre de 1992,

lo que sucedió fue que se presentó el resultado del mal. La crisis definitiva de la Enfermedad:

La Reducción.

O la Mutación, como hemos dado en llamarla todo este tiempo, por no recordarnos a nosotros mismos la desagradable realidad de la Reducción.

Me desperté tarde, porque no existía programa alguno de actividades, especialmente dispuesto para aquel día. Era una fecha en blanco en mi apretada agenda de trabajo, con vistas a mí ya inminente subida al poder legislativo de la nación, y pensé disfrutarla en toda su intensidad, permitiendo, incluso, que los vapores del buen champaña se diluyeran en mi cerebro, para levantarme despejado, lleno de energías, cercano ya el mediodía.

Esos fueron mis propósitos. Y así lo hice, ayudado por el día lluvioso, que invitaba a permanecer en el lecho. Kate se levantó a primera hora de la mañana, y todo debió ser normal entonces, porque volvió a acostarse, sin que nada hiciera pensar en anormalidad alguna.

Luego, ante la ausencia de ruidos, intrigado porque nadie me llamara todavía, miré mi reloj de pulsera… y no lo encontré. Mi muñeca estaba desnuda. Maldije entre dientes, pensando en la posibilidad de que la cadena de acero inoxidable se hubiera desprendido, cayendo el reloj entre las sábanas.

—Al diablo con eso —dije—. Ya lo encontraré. Deben ser al menos las diez o las once…

Me froté los ojos, girando la cabeza, en busca de la mesilla de noche, donde reposaba el despertador de cifras romanas, regalo del padre de Kate cuando ya inicié mi campaña electoral, ofrecido con unas palabras bastante alentadoras:

—Este reloj, para que marque las mejores horas de tu vida, Luther, tanto política como humanamente. Espero que siempre te despierte con un sentimiento de que es hermoso abrir los ojos a un nuevo día de nuestra existencia, siempre lleno de pequeñas sorpresas y de insignificantes pero deliciosas cosas insólitas que nos hagan comprender lo hermoso que es vivir…

Evidentemente, Cyril Davenport, padre de Kate, no tenía mucho de premonitor ni de adivino. Conforme en que con aquel despertador había conocido yo la halagadora noticia de que mi pueblo me elegía por su libre voluntad como rector de sus destinos. Pero eso

fue todo.

Las «pequeñas sorpresas», las «insignificantes pero deliciosas cosas insólitas», y lo «hermoso que es vivir», se quedó todo para aquella mañana. Justo para aquella mañana del veintisiete de noviembre, mientras lloviznaba sobre Washington, y el nublado no tenía trazas de despejarse en las siguientes horas.

De momento, ni siquiera vi el reloj. Lo cierto es que no vi nada.

Nada, salvo enormes pliegues de ropa, telas azules arrugadas en torno mío, como si el mundo todo no estuviera constituido sino de sábanas y almohadas. Me agité, perplejo, en aquel amasijo inmenso de tejido azulado suave que me rodeaba. Intenté ponerme en pie, y me hundí, sepultado por arrugas de tela, entre unas enormes, gigantescas flores bordadas, malva y amarillo.

Recordé vagamente que había flores así en el bordado embozo de mi cama, pero eran diminutas y graciosas, del tamaño de media pulgada como máximo. Ahora, aquellos bordados abultaban la mitad de mi propio cuerpo.

—¿Qué diablos ocurre…? —refunfuñé, aturdido.

Busqué el borde de la cama, la mesilla… Busqué a Kate, busqué la luz del ventanal entornado, asomado a la Avenida de Pennsylvania y a los vecinos jardines de mi futura residencia oficial, la Casa Blanca.

No encontré nada de eso. Ni siquiera a Kate. La claridad era cegadora, pese a que estaba seguro de que dejé solamente entornados los postigos del ventanal.

Y la búsqueda del techo me resultó tan difícil como buscar una paloma en la punta del obelisco washingtoniano. Porque ni siquiera vislumbraba el techo, tan lejos me sentía de él.

Inicialmente, todas esas absurdas sensaciones fueron confusas, torpes y nada definidas. Creo que de haber sido de otro modo, me hubiese vuelto loco de remate.

—¡Kate, Kate! —llamé—. ¿Dónde diablos andas metida? ¿Qué es lo que sucede?

De alguna parte, aunque en principio no logré verla por ninguna parte, me llegó la voz de Kate, blanda y como amortiguada por tanta tela, tanta espuma de colchón y de almohadas, tanta hondonada como nos rodeaba, imitando desfiladeros y grietas en el tejido:

—Estoy aquí, Luther —me dijo—. Pero me temo…, me temo que ha ocurrido un desastre.

—¿Un desastre? —refunfuñé, moviéndome sobre aquella extensión azul, rugosa, en la que difícilmente soportaba el equilibrio —. No te entiendo. No entiendo nada.

—Yo tampoco lo entendí al principio —la oí suspirar, en alguna parte, cerca de mí—. Pero llevo despierta más tiempo que tú. He estado preguntándome qué pudo ocurrir mientras dormíamos. Y no he llegado a ninguna conclusión cierta, Luther. Sólo que…

—¿Qué, Kate? —la apremié, irritado, cayendo en un pliegue de tela azul, con gran disgusto por mi parte.

—Que hemos despertado en un país de gigantes, donde nuestro antiguo dormitorio es para nosotros tan enorme como todo un mundo… o somos NOSOTROS los que nos hemos vuelto ENANOS.

Y de repente, al dar una voltereta sobre las ropas, caí entre el embozo floreado y lo que parecía una almohada para un enorme Goliath, descubriendo a Kate frente a mí.

Como en mi caso, sus ropas no le servían de nada. Eran enormes prendas, con las que hubiéramos podido construir docenas de tiendas para cien o doscientos como nosotros. Un tic tac poderoso y alucinante me ensordeció de repente, y vi entre las ropas cómo asomaba la banda de acero articulado de mi cadena, y la esfera negra de mi reloj automático, emitiendo aquel sonido aterrador, que rompía mis tímpanos.

Era impresionante. Increíble. Demoledor.

El reloj poseía una esfera mayor que mi propia estatura. Las agujas gigantescas, eran como enormes saetas de acero, describiendo lentos giros sobre el negro del fondo, donde las cifras, pasmosamente grandes, eran destellos de metal cromado ante mis ojos. Cualquiera de aquellos números, poseía las dimensiones de mi mano. El tic tac de su maquinaria, inaudible en circunstancias normales, ahora era un fragor horrísono, cerca de mis tímpanos aturdidos.

Miré a Kate. Y ella a mí. No sé si entendió entonces. Yo sí entendí.

—Dios mío… —murmuré, sintiendo un frío sudor empapando mi epidermis—. ¿Qué… qué ha sucedido, Kate?

—No lo sé —musitó ella, avanzando dificultosamente sobre el

blando muelle de la espuma que cubría la sábana. Y miró con angustia más allá del reloj, donde su cadena y medalla de oro eran como un tesoro fantástico, una placa dorada mayor que cualquiera de nosotros, asida a unos eslabones áureos que parecían valer millones. Y en proporción a nuestro volumen, tal vez lo valdrían si todo se mantenía en esas mismas proporciones relativas en que estaban ahora las cosas, con relación a nosotros. La oí hablar con tono ahogado—: Luther, tal vez sea todo un mal sueño, una pesadilla, producto del champaña de anoche…

—El champaña… —mascullé con ira. Sacudí la cabeza. Aún me dolían las sienes. Me pellizqué con fuerza. Incluso me abofeteé con rabia. Desolado, la contemplé—. Kate, ¿tú crees seriamente que esto sea una pesadilla?

—No —cortó, tajante, con un pesimismo lleno de realistas facetas—. No lo creo, Luth.

Luth era mi nombre familiar, para amigos y para íntimos. A ella le gustaba llamarme así, y en esta ocasión me resultó especialmente grato oírlo. No porque en labios de Kate sonase mi diminuto agradablemente, sino porque denotaba una cierta serenidad en sus reacciones. Ni siquiera olvidaba lo rutinario, lo cotidiano, lo habitual, pese a lo poco rutinario, poco habitual y nada cotidiano de aquella fantástica situación nuestra.

—Me lo temía —musité—. Yo tampoco creo que soñemos, Kate. Esto es una realidad. Una maldita e inexplicable realidad, diría yo.

—Luth, somos… somos algo mayores que un fósforo o un alfiler —la oí comentar angustiadamente—. O las cosas han crecido de repente de modo desaforado: lecho, ropas, prendas, la casa entera…

—Parece más lógico suponer que las cosas no han crecido —señalé—. Es más complicado que todo crezca hasta un tamaño monstruoso, que no la otra explicación: que nosotros *nos hemos reducido*.

—¡Luth, eso… eso tampoco tiene sentido alguno! —protestó ella.

—¿Quién dijo que lo tuviera? —me dejé caer, desnudo y ridículamente pequeño, como me sentía, encima de las ropas. Casi me hundí en un pliegue de la almohada. Kate osciló, al vibrar el somier ligeramente—. No, no tiene el menor sentido, ni puede tenerlo. Pero ha sucedido. Eso es lo único cierto, lo único indiscutible de la

cuestión.

—Y… *¿cómo* ha sucedido?

La miré. Me encogí de hombros. Sabía tanto como pudiera saber ella. Estaba intentando razonar, manejar de algún modo mi sentido común, mis células grises, mi torpe y abotargado cerebro de aquellos momentos.

Lamentablemente, me sentí vencido. Y lo admití, además:

—No lo sé, Kate —confesé roncamente—. No sé nada. No entiendo nada. No me explico nada.

Nos mantuvimos en silencio un tiempo. Ni ella ni yo sabíamos qué decir. Creo que tampoco teníamos ganas de hablar. Ni de hacer nada, salvo contemplarnos mutuamente, dándonos cuenta solamente de nuestra real pequeñez, por comparación con todo cuanto nos rodeaba. Sin eso, ella para mí hubiera sido la misma de siempre. Y yo para ella. Era lo de alrededor lo que lo alteraba todo.

Lo de alrededor…

La idea me asaltó súbitamente. Me dio miedo.

—Kate… —susurré—. Kate, *todo* lo demás… ¡el mundo entero…! estará igual. Será para nosotros tan monstruosamente grande como este lecho, esta sala, esos objetos…

Me miró, muy pálida. Asintió con la cabeza.

—Sí, Luth. Lo he pensado ya… Y aún he pensado algo más.

—¿Qué, Kate?

—Los… *los demás*, Luth… ¿Cómo serán ahora los demás? La gente, el pueblo, los amigos, las personas que conocemos. Los habitantes de Washington, del país, de todo el mundo…

—No es posible imaginar a TODOS en igualdad de condiciones —susurré horrorizado. Pero me quedé callado, mirándola. Mis ojos, luego, se dirigieron angustiados al teléfono de encima de la mesilla.

El teléfono…

Rogué que no sonara. Si llegaba a repicar, nos rompería los tímpanos sin remedio. Traté de escuchar algo allá afuera: el tráfico, los ruidos de la calle… A estas horas de la mañana, la Avenida de Pennsylvania debía de hervir en tráfico rodado, como cada día.

No percibí nada. Ni un solo ruido. El silencio más absoluto reinaba en torno nuestro, salvo aquel tic tac de mi reloj de pulsera, y otro, más sonoro pero también más distante, procedente del despertador de la mesilla.

—Será preciso saber algo, tratar de comunicar con alguien... —señalé roncamente.

—Sí, pero, ¿cómo? —Kate señaló el enorme teléfono, su dial, de agujeros donde cabíamos perfectamente ella o yo sobre cada grupo de cifras—. Es como tratar de manejar una máquina gigante con nuestras solas fuerzas. Marcar, descolgar el auricular... Además, imagina que los otros están en nuestras mismas condiciones... El timbrazo de ese teléfono puede ensordecerles para siempre...

Ya había pensado yo en ello cuando calculé que nosotros podíamos ser las víctimas de ese sonido. Pero aun así, era preciso hacer algo. Y no veía otro medio de comunicar con alguien, para salir de dudas. Bajar del lecho y buscar otro recurso, significaría horas enteras de *nuestro* tiempo actual, que no sería en modo alguno el mismo tiempo de las cosas y objetos que nos rodeaban. Cada hora que transcurriese en mi reloj, cada vuelta completa de las agujas de aquella esfera negra y familiar, significaría para nosotros una serie interminable de horas, en proporción a nuestro volumen, movimientos y distancias a recorrer.

—Dios mío, nunca imaginé que todas las cosas que tenemos establecidas pudieran distorsionarse de tal modo, hasta no tener sentido alguno, sólo con alterarse el tamaño de cosas o de personas, Kate —me lamenté.

—Sé lo que quieres decir —afirmó ella, despacio—. Luth, las distancias, el tiempo, los recursos propios... Todo se desmorona y cambia de sentido, apenas se altera un factor en juego. Es enloquecedor, pero tremendamente lógico. Y nunca nos paramos siquiera a pensarlo...

—Ocurra lo que ocurra, hemos de intentarlo —musité—. Kate, hay que buscarse algo para procurarnos unos tapones que amortigüen los sonidos en nuestros oídos. Trozos de tela o algodón.

—¿Con qué lo cortaremos? —rió ella, agriamente—. Las tijeras serán para nosotros como inmensas guillotinas. Y muy peligrosas de manejar, si es que las llegamos a dominar.

—Rasguemos algo de tela, aunque sea a mordiscos —refunfuñé—. Hay que taponarse los oídos por si alguien llamase a ese teléfono.

Si los demás están normales, y *sólo nosotros* hemos sufrido este fenómeno, lo lógico será que en cualquier momento suene el teléfono. Si esto es… es algo colectivo, también pensará en llamar a otras personas. Y yo soy todavía, pese a todo, el presidente electo de Estados Unidos… ¡Oh, Dios mío, Kate! ¿No suena eso ahora atrozmente ridículo? ¡Yo, con UNA PULGADA de altura… presidente de la nación!

—Aún no sabes cómo serán los *otros*, Luth —comentó ella con amargura—. Sí, la idea es razonable. Rasgaremos algo de tela. Bastará un poco de hilo de los bordes para enrollarlo y formar una especie de tapón para cada oído. Luego, intentaremos subir a la mesilla, descolgar el teléfono y marcar los números.

—¿Cómo, Kate?

—No lo sé. Algo se nos ocurrirá, no lo dudes.

Kate había reaccionado con sorprendente serenidad ante los hechos inauditos de aquella mañana alucinante. Yo mismo me sentía también ahora sumamente tranquilo. Creo que estaba tratando de adaptarme en esos momentos a una situación límite que escapaba a toda previsión humana.

La odisea para subir a la mesilla, no es para describirla. Kate se movió con más facilidad que yo. Su pudor femenino la había llevado a conseguir un jirón de su pañuelo bordado, a fuerza de tirones, envolviéndose en él para ocultar su desnudez. Era de suponer que tal cosa carecía de importancia en momentos tan graves, y menos entre marido y mujer. A pesar de nuestro distanciamiento de los últimos años, a pesar de la frialdad de relaciones entre ella y yo, que hubiera derivado en el divorcio, de no surgir mi candidatura a la presidencia, cosa que la obligó a ella a mantener las apariencias unos años más, por no truncar mi carrera política, Kate seguía siendo mi esposa. No importaba que nuestros proyectos, tras el fracaso matrimonial, abarcasen una definitiva separación legal para después de mi período presidencial de cuatro años. Si las cosas no cambiaban, no me presentaría a la reelección para 1996. Ella no podría soportarme más de cuatro años, ni siquiera por mi futuro político o el de nuestra nación. Para una mujer que ha confesado que ya no ama a su esposo, y que la vida en común la fatiga e irrita, creo que era ya suficiente espíritu de sacrificio el demostrado con aquella generosa y noble concesión por su parte.

Ahora, en estos momentos, ni ella ni yo pensábamos en nuestros problemas matrimoniales. Había algo que, por encima de

todo eso, nos unía en un común esfuerzo, en una urgente, apremiante lucha por algo que habíamos perdido con súbita brutalidad: la vida normal.

—Lo logré —suspiré, tras saltar temerariamente las tres o cuatro pulgadas que separaban la almohada de la mesilla. Y caí junto a mis gafas de sol y el teléfono.

Me contemplé, fascinado, en lo que ahora eran enormes espejos negros, enmarcados en metal dorado, y antes me sirvieron para proteger mis ojos de la luz solar. Vi una imagen ridícula y vergonzosa del futuro primer mandatario de la más poderosa nación del mundo. Me pregunté, con cierto agrio sentido del humor, qué pensarían de mí en las Naciones Unidas, en el Kremlin o en Pekín, si me viesen ahora, reducido a un personajillo de Liliput.

De repente, la idea me asaltó con viva angustia. Me volví a Kate, palideciendo. Temblaron mis manos, mis rodillas.

—¡Kate! —exclamé—. ¿Y si esto… SOLO ha sucedido en Norteamérica?

—¿Qué quieres decir?

—Imagina…, imagina una especie de arma nueva… Una radiación, un procedimiento químico inventado por un enemigo de Estados Unidos… ¡Suponte que la URSS o la China Continental han lanzado ese arma sobre nosotros… y éstas son sus consecuencias!

Me miró, pensativa. Sacudió la cabeza, indecisa.

—Si ha sido así, es evidente que han ganado la guerra. Y que nos han vencido sin la menor discusión. Un país de seres como tú y yo, sería un simple juguete, en manos de otro país normal. Pero me parece una explicación demasiado fantástica para ser verosímil…

—¿Fantástica, dices? ¡*Esto* es lo fantástico, Kate…! —protesté —. Y ha sucedido, lo estamos viviendo tú y yo, cuando menos. ¿Qué otra explicación cabe, para justificar los hechos?

—Aún no sabemos nada. Estás especulando, Luth, eso es todo. Cuando estemos enterados de lo que sucede en la calle, en Washington, en el país, en el resto del mundo, será el momento de calcular lo que ha sucedido. Y también de conocer nuestro destino… Mientras tanto, hagamos algo por salir de dudas. Pero algo que no sea deducir y levantar hipótesis.

Entre los dos, logramos descolgar el auricular, tirándolo fuera

de la horquilla. Se quedó allí, emitiendo una insoportable, ululante señal para marcar. Había línea, y hasta nuestros tapones de hilo azul nos resultaban insuficientes para el doloroso impacto del zumbido en nuestros tímpanos.

Yo logré abrir una varilla de mis enormes gafas para sol. Introduje su gancho en un orificio del dial, y Kate entendió. Se encaramó sobre el teléfono, como quien escala un montículo y, desde lo alto de la horquilla, comenzó a tirar de la varilla, marcando lentamente el primer número de un teléfono familiar: el de su padre.

Cambiamos la varilla al siguiente número. Marcamos lentamente. Y así, uno tras otro, haciendo girar trabajosamente el dial hasta su tope.

Al final, nos miramos, jadeantes y fatigados. El teléfono enmudeció. E inmediatamente, el zumbido ruidoso de una llamada.

Esperamos. Era como aguardar una eternidad. Imaginé lo que sucedía al otro extremo del hilo. O el viejo Davenport, mi suegro, estaba ausente, o vivía el mismo fenómeno delirante que nosotros, y estaba pugnando por alcanzar el teléfono de algún modo.

De repente, hubo un seco chasquido al final de la línea. Nos miramos Kate y yo. Apoyamos el oído sobre la rejilla del auricular, tratando de oír algo.

Primero, no captamos ruido alguno. Luego, de repente, una especie de vibración metálica, una vocecilla lejana, nos llegó nítida:

—¿Sí? ¿Hable? ¿Quién llama, por amor de Dios?

—¡Papá! ¡Papá, soy Kate! —chilló mi mujer, angustiada.

La pausa resultó dolorosa. Yo sentía correr el sudor helado por todo mi cuerpo, pese a no llevar ropa alguna sobre mí, como un auténtico Adán junto al teléfono color crema.

Por fin...

—¡Kate, hija mía! —oímos la vocecilla remota—. Kate, apenas te oigo... Kate, no vas a creerme si te cuento... Kate, no sé cómo empezar a decirte que...

—Papá... Papá, ¿es que... tú TAMBIEN...? —sonó con un escalofrío la voz de mi esposa.

—Kate... Kate, ¿quieres decir que tú..., que Luther...?

—Papá... ¡Es horrible! —sollozó ella de repente, rotos sus nervios—. ¡Pero no puede haberte sucedido a ti también!

—Hija mía, me temo que todos nosotros sufrimos igual suerte. Además..., además puedo ver desde esta mesa el exterior... No circulan vehículos. No veo a NADIE. Es como si Washington estuviese muerto por completo...

—O más bien como si TODO WASHINGTON fuese ahora como tú, papá... y como Luther y yo... —concluyó amargamente ella—. Eso es, sin duda, justamente lo que ha sucedido...

Y lo malo es que Kate tenía razón.

## CAPÍTULO II

Todos.

Washington entero. Sin excepciones. Ni una sola excepción comprobada.

La noticia no era precisamente esperanzadora. Ni siquiera ese relativo consuelo que se atribuye al mal de muchos, hizo acto de presencia en ninguno de nosotros. Aquélla era una situación horripilante, y ésa era la única realidad incontrovertible para nosotros todos.

Más de ochocientos mil habitantes, como mínimo, eran ahora enanos, liliputienses dignos de la imaginación de Jonathan Swift. Eso estaba fuera de toda duda, tras la llamada al alcalde de la ciudad y al actual presidente, Hamilton Adams, cuya vocecilla aterrorizada nos confirmó la espantosa realidad de los hechos.

¡Incluso el Gobierno de la nación y todos sus dirigentes, incluido el presidente actual y el electo, eran parte del «pueblo reducido»! ¡Todos diminutos, liliputienses sin posibilidad de valerse por sí mismos, fuera de un reducidísimo ámbito!

El pánico no se podía evitar. Era un pánico sordo, ahogado por las dimensiones brutales de un mundo que habíamos creado nosotros, con sus edificios, jardines, calles, rascacielos y vehículos, tan inaccesibles ahora a cada uno de nosotros como pudo serlo anteriormente el Everest o el viaje espacial a Venus o Marte, hasta que todo eso se alcanzó aisladamente en determinados casos.

Aquella grandiosidad urbana nos agobiaba, nos atenazaba ahora en un maremágnum de dimensiones inalcanzables, de mecanismos imposibles de frenar o de canalizar, de recursos propios de gigantes, en un mundo de microbios.

La idea de un ataque silencioso del enemigo, ya no era sólo mía. Todo el Gobierno y la Cámara de Representantes coincidía en imaginarse la acción de un arma nueva sobre nosotros, acaso una simple radiación o un bombardeo con materias capaces de producir aquel caos biológico, reduciendo una nación poderosa a la más

mínima expresión.

Nos dimos exacta cuenta de todo esto sin salir de nuestro colosal dormitorio. No podíamos hacer grandes desplazamientos, después de todo.

Algunas llamadas nos pusieron en conocimiento de los hechos. Nadie sabía qué hacer. Y creo que aunque lo hubieran sabido, tampoco hubiesen podido llevarlo a cabo. Nuestro actual tamaño, era el freno a toda iniciativa, el mazazo definitivo a todo esfuerzo individual o colectivo por salir de aquel caos físico y mental en que nos debatíamos.

Cuando Hamilton Adams, el presidente, me habló de la movilización de la Guardia Nacional, y del alerta al Pentágono, casi me dio risa. Imaginarse a nuestra Guardia convertida en una especie de parada de soldaditos de plomo, y al Pentágono reducido a un puñado de diminutos jefes militares incapaces de mover entre todos un simple revólver de reglamento, no era precisamente para tomárselo en serio, a pesar de la gravedad de la situación.

Un grupo de esforzados técnicos de Comunicaciones, estaban intentando, con titánicos afanes, manipular una emisora de radio, comunicando con diversas estaciones del país, para tomar el pulso a la situación, fuera de nuestras fronteras urbanas. De sus trabajos dependía el conocimiento exacto de una situación que, de confirmarse en sus más pesimistas pronósticos, significaría el mayor desastre en la historia de la humanidad.

Y quizá también el menos explicable de todos.

El doctor Hasper F. Darrow, de Sanidad Nacional, y médico personal de la Casa Blanca, comunicó con nosotros cuando mi enorme reloj de pulsera marcaba las doce del mediodía, y yo me sentía tan fatigado y hambriento como si hubieran transcurrido ya tres fechas desde que desperté.

Atendimos a Darrow tras haber logrado conectar el fonoreproductor de llamadas telefónicas, incorporado a nuestro teléfono. Resultaba más sencillo pulsar el botón rojo de funcionamiento de ese supletorio, que alzar y bajar el auricular de nuestro teléfono.

—El presidente cree que esto es un ataque bélico extranjero, señor —me dijo el doctor Darrow.

—Sí, yo también he pensado eso, doctor, apenas me percaté del fenómeno que estamos viviendo —le respondí.

—Personalmente creo que no es ésa la explicación al caso, señor —objetó Darrow.

—¿No? —arrugué el ceño, paseando junto al enorme altavoz, graduado para que no nos rompiera los tímpanos ni nos dejase en ayunas cuando sonaban las vocecillas ridículas de nuestros compañeros de infortunio—. ¿Por qué supone que no es así? ¿Ve otra explicación plausible, doctor?

—Estoy trabajando en ello ahora —le oí suspirar—. Ya comprenderá lo difícil que es hacer nada, dadas nuestras condiciones actuales. El gigantismo de nuestros elementos y objetos nos inmoviliza prácticamente. Por fortuna, tenía un juego en miniatura de instrumental médico. Algo que se hizo como reproducción publicitaria de unos laboratorios. Jamás pensé que eso podría serme útil. Pero estoy manipulándolo, aunque todavía resulta demasiado grande para nosotros, y he logrado iniciar unos análisis de mis tejidos y mi sangre. Los elementos de una casita de muñecas de mi hija menor, me están ayudando mucho, aunque dicho así le parezca a usted ridículo, señor.

—¿Ridículo dice? —resoplé—. Cielos, doctor, daría media vida porque hubiéramos tenido una mi esposa y yo, y hubiese también aquí una casita de muñecas. Es nuestro único refugio posible, si no queremos vernos aplastados por todo lo que nos rodea.

—Le comunicaré lo que haya, señor, lo mismo que al presidente Adams. Pero casi podría anticipar que nuestra... llamémosle «Reducción», no es un ataque biológico ni el resultado de un arma nueva creada por el hombre.

—Entonces..., ¿qué supone que pueda ser?

—Una enfermedad, señor —me dijo—. Una epidemia. La más extraña, fantástica y horrible epidemia jamás conocida entre la especie humana...

* * *

Enfermedad.

Epidemia.

Dos posibilidades increíbles. Como increíble era todo.

Fue la primera alusión a la Enfermedad. Y a la Epidemia. Así se conocerían los dos fenómenos simultáneos que provocaron la Reducción.

Ahora, para nosotros, para ustedes, mis lectores, nada de eso resulta nuevo ni sorprendente. Lo hemos vivido, lo conocemos, y lo seguimos viviendo. Usted, yo, todos en absoluto. Pero entonces fue muy diferente.

Yo no había podido pensar, ni en mis momentos más imaginativos, que «aquello» fuese… una enfermedad. No tenía mucho sentido imaginarse un mal que redujera a la gente al tamaño de fósforos o alfileres, así porque sí. Reducir una cabeza, en las prácticas misteriosas de los aborígenes del Amazonas, había tenido siempre un mérito fabuloso. Y era sólo una cabeza, llevada a un tamaño mayor que todo nuestro cuerpo ahora. Por tanto, imaginarse un esqueleto humano íntegro, con sus tejidos, organismos, sangre, nervios y cuanto compone el cuerpo humano reducido vertiginosamente, en el plazo de horas o minutos, a aquellas microscópicas dimensiones, sobrepasaba todo lo previsible.

Y él no existir *ni una sola excepción* en una ciudad de más de ochocientos mil habitantes todavía resultaba más insólito e inconcebible. De ser una enfermedad, realmente, la inmunidad no existía contra ella.

—Tengo hambre, Luth —dijo Kate de repente.

La miré. *Hambre.* Me estremecí. Era algo que había pasado vagamente por mi cerebro, poco antes. Y en la excitación de aquellos momentos críticos, lo había olvidado.

Hambre…

Era algo grave. Muy grave. No sólo el hambre. La sed también.

Teníamos que resolver eso. Allí, encima del enorme lecho, de la gran mesilla de noche, a altura respetable sobre el suelo alfombrado… ¿cómo procurarnos comida, líquido…? Yo ni siquiera dejaba nunca una jarra o un vaso de agua sobre la mesilla. Y Kate tampoco.

A poca distancia del dormitorio, al fondo del pasillo, había una cocina, un frigorífico con alimentos, con leche, con agua, con zumos de fruta…

*Poca distancia* para cuando éramos normales. Ahora, aquella

serie de yardas eran como millas y millas de camino. Y alturas diferentes, inaccesibles. Y recipientes imposibles de manejar en nuestro estado actual.

—Cielos, Kate, hay que resolverlo como sea —dije roncamente —. Tenemos que comer y beber. Date cuenta que estas tres horas que llevamos aquí… suponen ya mucho más de un día de trabajo para nuestro mísero volumen actual.

—Lo primero será descolgarse de aquí —dijo ella, mirando al suelo. Se sujetó la cabeza—. Oh, Luth, siento vértigo…

Asentí. La altura de la mesilla era ahora para nosotros como la de un edificio de varios pisos. El hecho de que la alfombra fuese ahora un muelle fondo de pelo alto y esponjoso, no cambiaba en nada las cosas. Saltar desde allí podía sernos fatal a los dos.

—Empujaremos el teléfono —sugerí—. El cordón puede servirnos de medio de descenso.

—¿Y luego?

—Luego, Dios dirá. Hay que abrir la puerta, avanzar por el corredor, llegar a la cocina… y tratar de abrir el frigorífico y extraer de él lo imprescindible, al menos de su nivel inferior.

—¿Te has parado a pensar lo que significará la oleada de frío del frigorífico, al abrirlo, dado nuestro tamaño?

—Sí —asentí—. Habrá que tomar precauciones. Y envolvemos en algo de abrigo…, suponiendo que lleguemos. Cuando menos, líquido y alimentos durarán una eternidad, dada la diferencia actual de volumen entre ellos y nosotros, Kate.

—Podría decirse que no hay mal que por bien no venga —señaló ella, sarcástica.

La miré, torciendo el gesto. Su sentido del humor me dejaba indiferente esta vez. No sentía el menor deseo de sonreír siquiera. Pero ella hacía bien. Era mejor mantener alta la moral que empezar a hundirse en el desaliento.

Las fases del empeño, se cumplieron matemáticamente. El cordón del teléfono fue una especie de tarzanesca liana retorcida que, pese a sus puntos resbaladizos, nos sirvió eficazmente en el descenso. Llegamos a la alfombra, saltando desde el auricular, especie de barcarola de pasta beige, flotando sobre el pelo esponjoso de la moqueta.

—Quédate aquí —pedí a Kate—. Debo ir yo solo hasta la cocina.

—¿Por qué, Luth? Debería ayudarte en eso también —argumentó ella.

—No. Es mejor que te esperes al lado de la única forma de ascenso que tenemos hasta el teléfono y la mesilla —le advertí—. Yo me ocuparé de lo demás.

Cuando menos, lo intenté. En principio, no estaba demasiado seguro de que resultara bien. El pelo de la moqueta resultaba tan molesto ahora como antes fuera cómodo. Lo que mis zapatos o mis zapatillas pisaban con blanda holgura, ahora resultaba casi una jungla de sintético con olores molestos, artificiosos. Me moví por aquel pelo plastificado, del mejor modo posible. Una especie de viva alergia a aquella clase de fibras que hasta entonces pisara indiferente, me asaltó en mi marcha hacia la cocina.

¡Dios mío, y qué marcha!

Sólo yardas. Yardas y yardas de camino. Una puerta, un corredor, otra puerta, una amplia cocina con amplios muebles…

Y todo eso que tan insignificante fuera en toda mi existencia, ¡qué gigantesco, qué enorme y qué inconmensurable me parecía!

Pero yo tenía que recorrerlo. Lo sabía. Lo necesitaba. Las circunstancias lo exigían de una forma implacable. Y lo recorrí. Paso a paso. Con mi ridículo, diminuto paso. Con el avance de un juguete, no de un hombre. Con la rapidez de un microbio, no de un ser racional. Pero así eran las cosas. Y así tenían que hacerse.

Así se hizo.

Supe que lo había logrado, cuando salté sobre el pedal cromado del frigorífico, con todas mis energías, y éste apenas si vibró ligeramente bajo el impacto de mis pies. No pude moverlo con la fuerza suficiente para abrir la esmaltada puerta blanca del frigorífico.

Me detuve, desalentado en un principio. Luego, comprendí que mi tamaño era demasiado minúsculo para conseguí nada. E intenté forzar el sistema de apertura y cierre de aquel frío recipiente por medios estrictamente lógicos. Los que me dictaba el apuro del momento, cuando menos.

Me bastó una cercana silla metálica. Era difícil de manipular, dado su actual volumen. Pero logré desequilibrarla, moviendo una de

sus livianas patas de acero cromado. La silla cayó. Procuré que golpeara el pedal, y yo cargué sobre ese punto, con mis escasas fuerzas.

Fueron suficientes; gracias al sensible sistema magnético del frigorífico. Este cedió. Y se abrió ligeramente la puerta. Era suficiente.

Escapó una vaharada fría que me hizo estremecer. Eludí su gélida caricia. Olores a hortalizas y a frutos escaparon de aquel interior aséptico. Mi apetito creció de grado, pero me dominé cuanto me fue posible. Y me encaré con el policromo contenido de un auténtico paraíso de enormes tomates, lechugas inmensas, cebollas, huevos gigantescos, como de animales prehistóricos, alineados en sus soportes…

Y botellas de zumo de fruta, refrescos y leche, de volumen ingente, como edificios elevados soberbiamente ante mí con fachadas de cristal.

Un colosal trozo de carne y unos pescados monstruosamente grandes y brillantes, asomaron a la luz lívida del interior de la cámara. Unos tarros de mayonesa y de «catsup» reflejaron mi imagen deformada y grotesca en aquel raro mundo de inmensos alimentos dignos de familias de gigantes. Me miré en su superficie de vidrio lustroso y me hice burla a mí mismo en un rasgo de agrio humor. Luego me llamé estúpido y decidí que había que elegir algo para comer. Lo malo es que no sabía el qué.

Creo que nunca deseé como en aquel momento un buen filete asado o al horno. Pero había una serie de imposibilidades al respecto. Por ejemplo: cortar el trozo adecuado de carne. Y encender el fuego y aplicar esa carne. Para nuestro tamaño sería una plancha capaz de asarnos a un puñado de seres vivientes. Y el calor que emitiese impediría incluso depositar o recoger en su superficie incandescente el fragmento de carne apropiado.

—Desechado —rezongué de mal humor—. Ha de ser algo frío… Fiambres o cosa parecida.

Miré aquella despensa enorme aterradoramente alta. El congelador se perdía en las alturas como un artificioso Everest creado por los industriales del frío. Por primera vez acaso empecé a pensar en la serie de absurdos alardes que los humanos habíamos ido haciendo en nuestra vida sin pensar en la posibilidad de que todo nuestro gigantismo se volviera un día contra nosotros y el confort fuese el primer adversario a vencer.

Allí tenía por ejemplo el gran recipiente lleno de viandas casi todas ellas inaccesibles para mí o para cualquiera de nosotros. Y con el peligro que suponía su frío artificial capaz de aniquilar a uno o varios de nosotros los humanos. Como el frigorífico podía convertirse en aterradora tumba helada si la desgracia de un golpe de aire o un vaivén inesperado de su puerta cerraba ésta encontrándose uno dentro en la recogida trabajosa de migajas de alimentos adecuadas para nuestro mísero volumen actual.

Por fortuna esa circunstancia no se produjo y pude salir de allí con una carga relativamente abundante de víveres arrancados a tirones o en trozos que debía ir arrastrando sobre la moqueta y el linóleo de las habitaciones como si fuese yo un ratón hambriento en lucha contra el gato al acecho.

El regreso a la habitación fue otro largo y fatigoso paseo cargado como iba de viandas. Una pequeña lata de zumo de naranja individual rodaba ante mí. Y me preguntaba si podríamos hincarle el afilado abridor, entre Kate y yo, lo suficiente para extraer de su interior una porción de líquido que calmase nuestra sed.

La odisea culminó favorablemente, cuando menos. Los esfuerzos con el abrelatas fueron titánicos, y terminamos agotados. Pero un pequeño orificio, sobre la lata abollada, nos permitió beber zumo de naranja. Y la comida sació nuestro apetito.

Al terminar, sentados en la moqueta, nos miramos con cierto alivio, notándonos mejor. Bostecé. Tenía sueño, cansancio, agotamiento físico. Nuestra vida actual, tan desproporcionada respecto a lo que nos rodeaba, empezaba a hacer mella en nosotros.

—Sólo hace unas pocas horas que despertamos, Luth —me recordó mi esposa—. Y casi parece que llevemos en actividad dos o tres días, sin reposo. ¿Cuánto podremos resistir así?

—No lo sé —confesé, tomando alientos para iniciar el ascenso por el cordón telefónico, hasta el lecho y la mesilla—. Lo único que sé es que intentamos simplemente sobrevivir, en un mundo que nos ha rebasado totalmente, y donde nuestras propias ideas y creaciones nos son ahora hostiles. El final de todo esto no puedo preveerlo, Kate. Pero algo es evidente, aunque me taches de pesimista; si esto se prolonga, nuestras posibilidades de supervivencia son nulas. No disponemos de medios para luchar, para resolver los problemas que nuestra propia forma de vida anterior nos plantea ahora.

—¿Eso quiere decir... que terminaremos muriendo

estúpidamente, en medio de este mundo gigantesco que nos rodea? —se inquietó ella.

—Hay muchas posibilidades de que eso suceda... a corto plazo. Imagina lo que sucederá cuando no podamos alimentamos, cuando los víveres estén fuera de nuestro alcance, cuando la comida se pudra o descomponga y no podamos reponerla... Eso sucederá en unos días, que, para nosotros supondrá mucho más tiempo teórico. Pero que no puede alargarse mucho, la verdad...

Permanecimos silenciosos después de exponerle yo ese punto tan poco alentador. Kate pretendía quizá encontrar una respuesta, una réplica optimista que rebatiera mis puntos. No debió encontrarla, porque no despegó los fruncidos labios.

Repentinamente, sucedió algo. Algo que alteró la calma, el silencio y la paz inquietantes de aquel dormitorio en que nos alojábamos ahora, como perdidos en un mundo de gigantes.

Fue una especie de sonido áspero, crujiente, allá en alguna parte, a nuestra espalda. Me erguí, sorprendido, con algún sobresalto.

Kate me acabó de asustar con un grito agudo, que revelaba su súbito espanto. Descubrí el terror en sus ojos dilatados, que miraban a algo o a alguien situado a mis espaldas, donde sonaba aún aquella especie de aleteo siniestro y estruendoso.

—¡Oh, no, Luth, no es posible! —la oí susurrar, estremecida—. ¡Mira! ¡Mira... eso!

Y su rostro tenía la lividez de la muerte, mientras su brazo se extendía, señalándome con mano temblorosa a lo que provocaba su pánico.

Me volví, impresionado. Yo sabía que Kate nunca fue una mujer miedosa o impresionable. Tenía que ser espantoso lo que viera, para reaccionar así.

Y lo era. Realmente espantoso.

Pude verlo yo también.

Vi al monstruo en la ventana.

# CAPÍTULO III

El monstruo…

En principio, su presencia me sobrecogió. No supe qué hacer, qué decir. Ni tan siquiera qué pensar. Mi mente se había quedado totalmente en blanco, sacudida por la impresión de miedo, de angustia y de incomprensión.

—¿Qué… qué es *eso?* —oí mi propio jadeo, escapando entre los labios contraídos—. ¿De dónde ha salido semejante horror?

Tardé un poco en reconocer lo que era el «horror».

Y en otra situación, incluso me hubiera reído de mi propio pánico. Porque nada podía resultar tan ridículo como sentir miedo de… *de una paloma.*

Pero eso podía ser en circunstancias normales, no ahora.

—Una paloma… —susurré, al comprender la clase de «monstruo» con que nos enfrentábamos—. Es sólo una paloma, Kate. ¿Te das cuenta?

—Sí… —me miró, todavía con más terror que antes, como si eso, en vez de tranquilizarla, le abriese espantosas posibilidades insospechadas hasta entonces—. ¿Te das cuenta, Luth? Es *sólo* una paloma Y sin embargo… Sin embargo, ella no se ha reducido. ¿Entiendes? Es un ave, un animal… *y conserva su tamaño*. ¿Qué sucede entonces, con los demás animales de esta ciudad, de este país…, del mundo entero?

Entonces comprendí. Y sentí el mayor horror imaginable. Con la vista fija en la enorme forma gris, alada, que golpeaba el vidrio de la ventana y nos miraba con asombro, convertida su apariencia inofensiva en la de un auténtico monstruo capaz de aniquilarnos, me pregunté si sería cierta la posibilidad sugerida por Kate.

Si sería posible que sólo nosotros, *los humanos*, sufriéramos la Reducción.

Y, por tanto, animales de tamaño fabuloso, auténticos

monstruos voraces, enemigos mortales nuestros en estos momentos, nos acecharan allá afuera, en las calles ciudadanas, convertidas ya en silenciosa e inmensa jungla de asfalto donde perdernos en busca de la muerte.

La paloma picoteaba el vidrio, inquieta, pugnando por entrar. Sus ojillos redondos, rojizos, se clavaban malignamente en nosotros. Éramos como gusanos para su volumen.

—La voracidad de aves y de toda clase de animales, aumentará con la escasez de comida —señalé angustiado—. No hay nadie que pueda alimentar ahora a perros, gatos, palomas... Y ellos tendrán *hambre*. Dios mío, Kate, es horrible pensarlo... ¿Por qué? ¿Por qué ellos no han disminuido?

—Quizá porque el doctor Darrow tuvo razón, Luth —me dijo ella gravemente—. Quizá porque no estamos sufriendo los efectos de ningún arma, sino una enfermedad, un mal sólo sensible para la especie humana...

Me quedé anonadado. La posibilidad era estremecedora. Y el hecho de que ahora la paloma ya se hubiera cansado de picotear y aletear contra el vidrio de la ventana, ausentándose del alféizar, no logró tranquilizarme lo más mínimo.

El peligro existía. Estaba allí fuera. En forma de afectuosos canes, de cómodos gatos, de apacibles palomas. E incluso de voraces ratas en las cloacas...

Todo eso se convertía, por la alteración del equilibrio establecido, en una amenaza pavorosa. Los animales domésticos que habíamos mimado durante siglos, podían ser ahora nuestro peor enemigo, sueltos por las ciudades abandonadas, hambrientos, sin poder identificar en nuestros diminutos cuerpos a los que antes fueran sus amos y protectores...

—No es sólo eso, Kate, lo realmente terrible —musité, sintiendo un sudor frío en mi piel—. ¿Has imaginado lo que será ahora para nosotros... una simple mosca, un insecto cualquiera?

Kate no tuvo que imaginar nada. Mis palabras quizá habían sido proféticas, o acaso es que mi subconsciente presentía ya los más estremecedores e inmediatos peligros imaginables en aquella dantesca situación.

Porque muy cerca, percibí un leve zumbido sordo, que fue creciendo paulatinamente en intensidad y volumen.

Por el corredor, procedente de la cocina, confortable de temperatura gracias a los aparatos de aire acondicionado, caliente en aquella desapacible época del año venía *aquello.*

Quizá el frigorífico abierto, las frutas, los alimentos, habían provocado su salida y su curiosa exploración por el piso.

Aterrado, vi la forma zumbadora, peluda, agitando sus alas membranosas, brillantes como tejidos de plástico, a la luz del día nuboso exterior.

Venía hacia nosotros. Era un simple mosquito de pequeño tamaño. Pero a nuestro lado, resultaba mayor que un lobo o un animal carnívoro. Y, desde luego, mucho más repugnante y desagradable.

—¡Cuidado, Kate! —exclamé, sintiendo que se erizaban mis cabellos—. ¡Nos ha visto… y viene hacia nosotros!

El mosquito, agresivo, con un zumbido que aturdía y horrorizaba, movió su repulsiva forma alada hacia nosotros, como una amenaza imposible de combatir ahora.

* * *

Kate se protegió instintivamente en mí. No sé por qué, ya que distaba mucho de ser el héroe esforzado que ella necesitaba en esos momentos.

Cierto que soy un hombre joven, alto y fuerte. Pero creo que todo eso, después de la Reducción, tiene poca importancia, comparado con las dimensiones de aquello que no ha disminuido de volumen. Era como enfrentarse, en circunstancias normales, a un mundo de pesadilla, formado por animales de la Prehistoria. Ningún pterodáctilo, imagino, resultaría tan repugnante y amenazador, para los antiguos, como para nosotros lo era ahora un insignificante mosquito.

Su aguijón largo y succionante podía atravesarnos como una espada, y dejar nuestras venas casi vacías de sangre. Sus patas peludas, largas y flexionadas, podían derribarnos con suma facilidad, inmovilizándonos si así lo quería.

—¡Luth, Luth, si he de morir ahora, cuando menos no quiero ver a nuestro verdugo! —gimió ella ocultando el rostro, apretándose

contra mí como hacía años que yo no sentía a mi esposa. Como si hubiéramos vuelto a nuestro noviazgo, cuando yo iniciaba mi ambiciosa escalada política hacia la presidencia, y ésta era sólo un lejano sueño inalcanzable.

En medio de la angustia que estábamos viviendo, un placer interno me asaltó. Era agradable, incluso hermoso y emotivo, sentir de nuevo a Kate tan cerca, tan desvalida, tan llena de confianza en mí. Una confianza que se había perdido en años enteros de vida en común, rutinaria y sin alicientes.

Ahora, de pronto, Kate se veía ante un peligro, ante una forma de muerte escalofriante. Y sólo esperaba que alguien la salvara, la protegiera: yo. El hombre de quien estaba dispuesta a separarse en breve, tras el fracaso de nuestra vida matrimonial y el letargo de nuestro amor inicial y mutuo.

Sólo supe rodearla con un brazo fuerte, enérgico, que intenté inculcar de energía protectora, como un modo de responder a su instintiva confianza. Con mi otro brazo busqué estúpidamente algo que nos defendiera de aquel monstruo alado...

Derribé a Kate tras el teléfono descolgado. El mosquito nos sobrevoló, zumbando rabiosamente. Vi las celdillas de sus feos ojos de insecto, moviéndose en todas direcciones, reflejándonos en ellas cien veces.

Nos pasó en su vuelo zumbón, para maniobrar en el aire, regresando en un nuevo ataque. Nos tenía acorralados. De allí no era fácil salir. Ni cubrirse de su acoso feroz.

Mis ojos se fijaron en el único objeto que compartía la mesilla con el teléfono y el reloj despertador de gigantescos números y ensordecedor tic tac: el frasco metálico, pequeño en circunstancias normales, gigantesco ahora, de spray desodorante.

Lo utilizaba Kate a veces, cuando el aire acondicionado del dormitorio se cargaba un poco. Era fresco y aromático. Y brotaba, como todo spray, con una gran fuerza, pulverizando el aire.

Sujetando a Kate, me incorporé entre los colosales adminículos de la mesilla, y me apoyé en el resorte del bote desodorante, cuya altura total era ahora casi el doble de la mía. Afortunadamente, su botón de presión estaba situado a mitad del frasco, y alzando mis manos, llegué a él.

—¡Sujeta tú el frasco mientras trato de oprimir! —gemí,

apremiante, a mi esposa.

Kate me obedeció sin pérdida de tiempo, abrazándose angustiada al frasco de metal. El mosquito, colosal y amenazador, estaba ya sobre nosotros...

Le apunté con el spray, y logré oprimir dos, tres veces, rabiosamente, con un esfuerzo titánico, aquel pulverizador que las circunstancias convertían ahora en potente arma defensiva.

Dos o tres chorros de pulverizado líquido desodorante cayeron sobre el mosquito. Vi cómo sus alas membranosas se cubrían de humedad brillante, y su vello negro y repulsivo se empapaba con aquella nube vaporosa de penetrante olor perfumado.

Una especie de chirrido desagradable escapó del aguijón del insecto. Se movió torpemente, mientras los vapores aromáticos del producto químico, quizá poco adecuado para la sensibilidad de los insectos, le atacaba y aturdía.

Era el momento. Mi momento. O volvería al ataque más tarde, con renovada furia.

Le disparé un chorro más con el spray, y le vi moverse sobre sus mojadas patas, sobre la mesilla. Cargué contra el despertador. Y lo volqué sobre su feo cuerpo violentamente.

Kate chilló. Yo volví la mirada. No era agradable ver, con aquellas dimensiones, la forma de un mosquito aplastado por un pesado despertador. Sus patas se agitaban, furiosas. Un zumbido agónico venía de debajo de la esfera de vidrio, que oprimía ahora su peludo cuerpo. Apreté y apreté el spray, hasta que el perfume me envolvió, agobiante, aturdiéndome, y su compuesto químico, unido al peso del despertador, paralizó al fin al insecto en su lenta agonía.

—Ya está —susurré, agotado, tomando a Kate entre mis brazos. La aparté del lugar donde yacía el repugnante adversario, y oprimí con fuerza su cuerpo estremecido por el miedo y la angustia sufridos —. Ha sido la primera lucha abierta. Sólo Dios sabe las que nos esperan, iguales o peores. No tenemos medios, Kate. No podemos luchar...

—Has luchado, Luth —me miró, entre agradecida y emocionada. Me sonrió—. Has luchado, y has vencido. Era un enemigo temible. Tu ingenio y tu valor han salido vencedores. Te necesito, Luth. Más que nunca. Si me faltaras ahora, sería el fin...

—Kate, no temas. Nada va a separarnos. Si sucede lo peor, nos sorprenderá juntos…

—Sí, Luth —afirmó ella roncamente, apoyando su cabeza en mi pecho—. Es hermoso sentir al lado a alguien que no es sólo el futuro presidente de los Estados Unidos… sino solamente un hombre que la defiende a una de todo riesgo…

Sonreí. Kate estaba encontrándole el lado romántico a las cosas, y eso era halagador para mí y alentador para ella. Valía más eso que contemplar los hechos en su cruda y descarnada dimensión real, tan desalentadora para nosotros.

—¡Señor Killey! ¡Señor presidente! —llamó por el teléfono la vocecilla lejana de alguien cuya voz me resultaba familiar apenas escuchada por el altavoz anexo, que hacía inútil el sonido del microteléfono.

—¿Sí? —me incliné jadeante aún, sobre el enrejado cubierto por el tejido del elemento incorporado—. ¿Quién llama?

—Soy Hasper F. Darrow, señor presidente. ¿Usted es el señor Killey, imagino?

—Lo soy, doctor Darrow, aunque estuve a punto de dejar de serlo… por un simple mosquito.

—¡Un mosquito! —se oyó su voz, horrorizada. Era seguro que entendía bien la situación, por lo que dijo seguidamente—: Dios mío… Es horrible, señor presidente. Ellos, los animales, los insectos, todo ser irracional, siguen inalterables. No han disminuido de volumen. ¡Son los gigantes en nuestro actual mundo liliputiense!

—He podido comprobarlo con una paloma en la ventana, y con ese horrible insecto. Doctor Darrow, ¿por qué me llama? ¿Tiene alguna nueva noticia quizá?

—Una… y muy concreta, señor. No sé si nos servirá de algo. Pero tengo esa noticia.

—Expóngala. Le escucho, doctor. Cualquier cosa puede servir ahora. O quizá no. Sea como sea, debo saberlo todo.

—Opino igual, señor. Todo cuanto conozcamos puede sernos útil. He confirmado resultados de análisis sanguíneos y de tejidos.

—¿Bien? ¿Qué resultó?

—Todo positivo. Es una enfermedad. Se lo dije, señor. La Enfermedad RH, la denomino yo.

—¿RH?

—*Human Reduction*, señor. Solamente los humanos nos reducimos.

—Lo sospechaba así. Sólo los humanos… ¿Ni carnívoros, ni animales, racionales o irracionales? ¿Sólo eso: *humanos*?

—Sólo humanos, señor presidente.

—¿Por qué? .

—No hay respuesta clínica aún. Es una contracción brutal, súbita y a gran escala, de nuestras células vitales. De todo nuestro ser, en suma: huesos, sangre, tejidos, organismo total. Nos reducimos. La disminución es fantástica, pero conservando las condiciones de vida del hombre. Sin peligro para nuestra morfología, ni nuestro proceso biológico. Eso es lo extraño, señor. Nada cambia en rigor. Pero somos nuestra propia miniatura, un modelo a escala infinitesimal. Una auténtica monstruosidad biológica, diría yo. Mental, física y espiritualmente quizá, somos los mismos. Podría decirse que, aunque lo que nos rodea no se altera ni cambia, es lo único que a nuestros ojos y sentidos resulta diferente. Animales o cosas, son como eran. Nosotros, no. Es la diferencia, señor presidente.

—¡Y qué diferencia, doctor Darrow! —resoplé—. Concluyamos. Sé todo eso que me cuenta. No hay nada como la propia experiencia para estar seguro de algo, amigo mío. Lo que quiero son novedades, noticias. Quiero la verdad, sea cual sea. Usted afirma que es una enfermedad. Conforme. Pero, ¿de qué tipo?

—Virulenta, señor.

—Ya —mordí el labio inferior—. Un virus… ¿De qué tipo, exactamente?

—No lo sé. Es un típico germen responsable de un mal infeccioso de peculiar virulencia. Podría decirse que el contagio es inmediato. El virus debe estar en el aire que nos rodea, y actúa por simple absorción respiratoria. Estoy casi seguro, señor.

—El aire que nos rodea… —miré en torno. El leve polvo de la atmósfera, era ahora como una serie de ráfagas densas, que la luz del día nublado hacía parecer de un gris plateado. Me pregunté cuál de aquellos microbios era el Virus HR, como lo había bautizado el doctor

Darrow—. Y su posible curación, su modo de combatirlo, ¿existe?

—Si se pudiera aislar el virus, se crearía acaso una vacuna. O quizá un antídoto, un remedio, un fármaco. Pero eso es tarea demasiado compleja. Laboratorios, tiempo, personal... ¿Podemos disponer de todo esto?

—No lo sé. Me temo que no. Hay laboratorios sobrados, pero no nos sirven ahora. Son para gigantes. Los recursos nos quedan grandes.

—Lo entiendo, señor. He pensado en todo eso. ¿Existe algún modo de arreglar el problema?

—Claro. Uno muy fácil en teoría. Pero no tanto en la práctica.

—¿Y es...?

—Reducir los equipos. Adaptar los recursos a nuestro actual tamaño. Hicimos grandes cosas siendo de volumen normal. Bien. Hagamos miniaturas ahora. Vivamos en casas de muñecas, puesto que somos pequeñas marionetas humanas. Clínicamente, militarmente, en todo terreno..., ¡luchemos y defendámonos con procedimientos a nuestro alcance!

—No deja de ser toda una idea, señor. Pero me temo que sólo el actual presidente puede dar una orden así y confiar en que, pese a todos los problemas, se intente cumplir.

—Él es el presidente en funciones. Yo, el electo —cambié una mirada con Kate, que me sonrió, alentadora—. Vamos a luchar, doctor Darrow. Temí que esto fuese una guerra, un intento de invasión de cualquier país enemigo. Si no es eso, si nos enfrentamos a la acción de un simple virus, la pugna ha de ser total y de todos y cada uno de los humanos afectados por el mal. El presidente Adams y yo, vamos a ponernos de acuerdo inmediatamente. Le daré noticias, doctor. Y espero que todos, departamentos sanitarios, militares, científicos y hasta comerciales, cooperen en el esfuerzo colectivo por llegar a un nuevo equilibrio de fuerzas. Cierre comunicación, doctor. Voy a establecer contacto inmediato con la Casa Blanca, el Pentágono y cuantos organismos privados u oficiales deseen colaborar.

—Sí, señor. Por mi parte,, llamaré al Medical Investigaron Center. Y a los Laboratorios de Medicina Espacial, señor. Todos deben cooperar con nosotros.

—Perfecto, doctor Darrow. Yo... ¡Un momento!

—¿Sí, señor presidente?

—¿Por qué ha mencionado el Laboratorio de Medicina Espacial?

—Bueno, yo .. he pensado que es el más idóneo para cosas así.

—¿Por qué, doctor? ¿Por qué se le ha ocurrido semejante cosa?

—La verdad, no sabría decírselo… —el tono de Darrow era indeciso, vacilante. Luego, tras una pausa dubitativa, le oí añadir, pausado, acaso reflexivo—: Pero los tejidos examinados sobre mi propio cuerpo y mi sangre… me ofrecieron extrañas reacciones. No obedecían a nada conocido. No me sorprendería que fuese algo ajeno a nosotros y a nuestro mundo. Algo que llegó del exterior. Es una simple corazonada, señor, pero… ese virus pudo venir del espacio…

El doctor Hasper F. Darrow, que era precisamente licenciado en Medicina Espacial, y uno de los primeros astronautas del cuerpo médico de la NASA que visitaron los pantanos de Venus en anteriores viajes espaciales, cerró en ese momento la comunicación, dejándome vía libre con la Casa Blanca, el Pentágono y cuantos organismos oficiales quisiera consultar.

Pero ya había dejado en mi mente un serio motivo de preocupación e incertidumbre.

La posible existencia de un virus cósmico…

¿Acaso la explicación de la Enfermedad?

* * *

Ya estaba todo en marcha.

No había costado demasiado trabajo. Sólo un par de horas de nuestro «tiempo relativo». En las grandes esferas de los relojes que antes marcasen nuestro tiempo real, solamente dos minutos, no muchos…

El presidente Hamilton Adams estaba conforme en todo. Es más, mi iniciativa le servía de un considerable alivio. Era un hombre mayor, si podía considerarse así a un presidente de cincuenta años recién cumplidos, frente a los treinta y seis que yo cumpliría recién subido a la cima del poder ejecutivo de la nación. Quería que yo,

como presidente electo, afrontase las responsabilidades de un cargo que a él ya le pesaba antes de suceder todo esto, y que sin duda ahora era una rémora terrible para él.

Acepté esa responsabilidad total. Me puse en contacto con el Alto Estado Mayor, con el FBI, la CIA, el Pentágono y el Centro Nacional de Producción. Exigí resultados inmediatos. No teníamos medios de lucha. Ni alimentos, ni armas, ni mecanismos, ni industrias ni comercio adecuado a nuestra ridícula talla actual. Carecíamos de sistemas de transporte, comunicación y cuanto requería el ser humano en un trance así, vencido por el gigantismo de lo que le rodeaba.

El Departamento de Industria, de Agricultura, de Ciencias y de Técnicas Aplicadas, coincidieron conmigo. Grandes empresas nacionales se consideraron obligadas a hacer algo, un auténtico milagro, para conseguir todo miniaturizado, en un período de tiempo mínimo.

La gran batalla había comenzado. Si cuando teníamos entre cinco y seis pies de largo, habíamos sido capaces de levantar un mundo nuevo y confortable para todos, ahora crearíamos un micromundo digno de aquel.

Las dificultades también habían comenzado. La policía Metropolitana informaba de muertes violentas y de destrozos horribles en familias y grupos enteros. En Nueva York, las ratas y los perros, especialmente, estaban causando graves daños y muertes cuantiosas. También los pájaros, incluso los más pequeños, eran un peligro. Se hablaba de animales y aves que, en la campiña, dejaban tras de sí pequeños cuerpos humanos destrozados, bien de cazadores, excursionistas o viajeros. Culebras y alimañas, se ensañaban en aislados seres perdidos en regiones apartadas. Policía y ejército estaban ya movilizados. Pero el resultado de todo ello era ridículo, dada su falta de medios, precisamente por la superabundancia de ellos, en sangrienta paradoja.

La Western Union, la Telephone Bell y los medios de comunicación militares, cooperaban ya intensamente con nosotros, en apretada lucha por la supervivencia.

Así supimos aquella misma trágica tarde, las primeras noticias llegadas del extranjero. Un *telex* milagrosamente puesto en Moscú, y un cable transmitido desde Pekín sólo Dios sabía cómo, dieron un mismo mensaje, casi idéntico, en lengua rusa y china:

> «Todo el país reducido de tamaño. Seres de una pulgada o poco más. Animales de todo género mantienen su dimensión normal. Emergencia nacional. Situación desesperada. Creíamos ataque armas biológicas hasta conocer noticias Londres, Bonn y París confirmando igual situación increíble. Intentamos organizar medios para supervivencia. Rogamos noticias sobre su situación. Posible existencia mal virulento contagioso según cuadros clínicos de emergencia. Existencia causa virus sin confirmar. Comprobado grado radiactivo poco frecuente, aunque no peligroso vida humana.»

Salvo ciertos puntos de redacción e informe, las noticias eran casi idénticas desde Moscú o Pekín.

La amenaza de un arma bélica sé excluía automáticamente. Y no supe si alegrarme o sentirlo. Un peligro desencadenado por el propio hombre, aunque terrible, cuando menos se explica y se sabe qué es.

Lo que estaba ocurriendo ahora no tenía explicación científica, militar o humana posible.

Y eso sí. Eso me asustaba. Eso me hacía preguntarme si alguna vez venceríamos la alucinante situación actual del mundo.

Tuve miedo. Mucho miedo.

Y no me avergoncé de ello.

# *SEGUNDA PARTE*

# VIRUS

## CAPÍTULO PRIMERO

Me despertaron los disparos en la calle.

Había logrado sumirme en un profundo sueño. Un sueño lleno de espectros, de fantasmas, de pesadillas abominables...

Y de repente, los disparos...

*¡Disparos!*

No, eso no podía suceder. Era imposible en estos momentos. No había armas, no había nadie capaz de disparar las armas. No nosotros, ciertamente. Y sin embargo, lo que estaba oyendo, al abrir los ojos somnolientos, con sobresalto, eran detonaciones de armas de fuego. Repetidas incluso en seco tableteo de ametralladoras.

Con ello, mezclado, gritos, ululantes alaridos, sonidos extraños...

—¿Qué? —mascullé, corriendo por el lecho como un imbécil —. ¿Qué sucede?

Casi me había olvidado. Me contemplé en mi insignificancia, reflejado en los vidrios oscuros de las gafas, situadas al borde de le mesita de noche. También vi en ella a Kate, despertando aturdida, mirándome estupefacta.

—Luth... Luth..., ¿son disparos? —gimió mi esposa—. ¿Qué está ocurriendo afuera?

—No lo sé —mascullé, pugnando por ver algo a través de la ventana donde sólo un poco de tiempo atrás viera a la gigantesca y aterradora paloma, acechándonos con una malevolencia que yo jamás

hubiera imaginado en las presuntas aves de la paz. Supongo que muchas cosas establecidas, habían dejado de serlo al cambiar nosotros. Quizá el Mal y el Bien nunca habían sido tan radicales como quisieron hacemos creer, en una colectiva y necia mentira para todos los hombres.

Lo cierto es que los disparos seguían. Y los gritos, alaridos o lo que fuese, también. Vi pasar, desplomado, el cuerpo gris de una paloma, virtualmente cosida a balazos, ensangrentada desde el pico a las alas. Debió estrellarse contra el asfalto callejero, allá al fondo.

—Alguien dispara contra los animales —dijo Kate, esperanzada. Me miró—. ¿Crees..., crees que estamos empezando a organizamos? ¿Podemos defendernos de nuestros enemigos naturales de este momento?

—Quisiera pensar que sí, pero sé tanto como tú —rezongué malhumorado. Me incliné, presionando el botón rojo del teléfono. Antes de dormirme, había comprobado que la comunicación con la Casa Blanca se mantenía constante, para toda emergencia, entre mi teléfono y el edificio del presidente.

—¿Sí, señor Killey? —sonó una voz—. Aquí la Casa Blanca en permanente contacto con su domicilio, señor. ¿Alguna novedad?

—Estoy oyendo disparos —informé, escueto—. He visto caer una paloma acribillada. ¿Qué sucede?

—Hemos logrado un equipo de emergencia de armas en miniatura, y proyectiles adecuados —me explicaron—. Intentamos comunicarle antes...

—Me quedé dormido —consulté el gran reloj de pulsera, tumbado en medio del lecho. ¡Sólo las cuatro de la tarde! Y parecían cinco o seis días vividos por Kate y por mí, desde aquel inolvidable despertar inicial... Añadí, apremiante—: Siga, por favor. ¿Qué sucede, exactamente?

—Han tenido que atacar con balas explosivas a aves y perros. Hay peligro, señor. El hambre y su propio tamaño les envalentona. No nos reconocen como a los seres que siempre temieron o respetaron. También se han conseguido algunos vehículos especiales, adecuados para nosotros. Eso nos permitirá trasladarnos, movernos de un lado para otro con cierta facilidad... Solamente han logrado una docena de ellos. Pero se esperan sacar centenares en cadena. El director del FBI y el presidente Adams van a hacerle entrega de un vehículo individual. Se llama el Bi-Móvil. Cada uno sólo puede llevar a dos ocupantes. Su

radio de acción es amplio, y actúa por motor eléctrico. Espero que eso facilite la sincronización de todos los servicios colectivos de defensa y protección, señor.

Entonces vi llegar a uno de los benditos Bi-Móviles. Flotó, como un helicóptero estilizado, una especie de plataforma esquemática, con un volante y un mecanismo frontal, rodeada por una caparazón o envoltura ovoide de plástico cristalino. En los dos asientos venían Harailton Adams, presidente de Estados Unidos de América en los finales de 1992, y Clark R. Andrews, director del FBI. Tres plataformas Bi-Móviles, con fuerzas federales armadas con ametralladoras especiales, adecuadas a nuestro actual volumen, escoltaban el pequeño vehículo aéreo.

Me agitaron su mano, bailoteando el vehículo ante la vidriera de la ventana. Fue el director del FBI quien dio una orden. Un soldado federal, levantó una especie de *bazooka* contra la ventana. Disparó.

Un chorro de fuego azulado alcanzó los vidrios, fundiéndolos como si fuesen cera a goterones. Por el boquete, entró el vehículo en la sala. Contemplé aquel insólito medio de transporte recién inventado y realizado por la desesperada imaginación del hombre en peligro.

—Señor Killey, aquí viene otro vehículo para usted y su esposa —me informó el director del FBI—. Hemos habilitado un jardín de la Casa Blanca, con una serie de edificaciones plásticas de emergencia y una barrera defensiva electrónica. Allí no entrarán animales, aves ni insectos. Toda clase de sistemas de defensa magnética, insecticida y de repelentes biológicos, se ha estudiado por los expertos. De momento, es la única zona a salvo de la ciudad, del país, y acaso del mundo entero. Se llama S-Zone, o Security Zone.

—Muy bien —asentí, cambiando una mirada con mi antecesor, el presidente Adams, cuyo mandato iba tocando a su fin—. ¿Creen que podemos intentar algo por sobrevivir?

—Lo estamos intentando ya, señor —afirmó Andrews—. No sé si volveremos a nuestras dimensiones anteriores. De ocurrir eso, sería un verdadero milagro. Pero igual que llegó esta absurda epidemia, puede terminar un día. Toda enfermedad tiene un proceso virulento, un contagio, y luego una crisis final, con regreso al estado normal del individuo.

—Pero…, ¿es ésta una enfermedad normal? —dudé.

—No, la verdad es que no —convino mi interlocutor—. De cualquier modo, en el peor de los casos, vamos a poder defendemos de

todo peligro exterior. En sólo unos días de nuestro tiempo anterior, que significará semanas enteras para cada uno de nosotros, los animales domésticos atacarán salvajemente. Esperemos que, para entonces, los medios de defensa sean eficaces.

—Esperémoslo —rogué fervoroso—. Es la única esperanza que nos queda…

—La gente ha trabajado duro, señor. Ha hecho falta habilitar hornos especiales, moldear herramientas, mecanismos, crear maquinarias diminutas… Y todo eso, en una lucha contra reloj. Hay turnos constantes de obreros especializados, de técnicos, de ingenieros, de mecánicos y de diseñadores. Es algo nuevo, insospechado. Pero la gente lo hace, que es lo que cuenta.

—Dios les bendiga a todos —suspiré. Examiné el simple pero eficaz mecanismo de los Bi-Móviles recién creados para desplazarnos rápidamente en el menor espacio de tiempo posible en medio de un mundo desfasado y colosalista, donde no teníamos cabida—. Cuando menos, vamos a poder salir Kate y yo de este maldito dormitorio, que nunca pensé que pudiera ser una especie de marco de pesadilla para nosotros dos. Ahora bien, ¿y si alguien nos ataca? ¿Cuál es la defensa propia en estos trastos, aparte de la que proporcione la escolta federal armada? Quiero decir independientemente de los demás, si llegamos a vernos aislados en circunstancias difíciles.

—Se ha pensado ya en ello. No es muy demoledora, pero es una defensa práctica —señaló el presidente Adams unos mandos vecinos al timón—. Hay resorte de salida de cargas explosivas. Y también un circuito de protección magnética de la nave, que impide la proximidad de cualquier cuerpo viviente. Creo que bastará con ciertas limitaciones inevitables, para proteger las vidas de los ocupantes, Killey.

—No quisiera experimentarlo por mí mismo, pero supongo que así será, tarde o temprano —resoplé, con aire dubitativo. Tomé una mano a Kate—. Bien, querida. ¿Vamos a la zona de seguridad? Cualquier sitio será mejor que éste…

—Eso, sin duda —el director del FBI contempló las migajas de comida, la lata abierta de zumo de naranja, y también, con repugnancia, la presencia del aplastado cuerpo del mosquito. Meneó la cabeza, explicando afablemente—: Estamos creando alimentos adecuados a nuestro volumen. Y vitaminas e hidratos de carbono, en realización en el National Chemical Center, bajo control de médicos y químicos federales. Pronto tendremos bebida y viandas en conserva,

así como medios de beber, comer, abrir recipientes y cuanto sea preciso, en el tamaño adecuado a las necesidades de nuestra extraña sociedad actual..

—La microsociedad —dije, pensativo—. Eso lo cambia todo, ¿eh, señores?

—Casi todo. La posibilidad de una guerra, ahora, es ridículamente lejana. No podemos matarnos mutuamente. La distancia entre país y país, es abismal, casi con cifras dignas de vuelos cósmicos en proporción a nuestros tamaños y medios. Quizá eso nos sirva a todos los humanos, sin distinción de razas, nacionalidades, credos políticos o religiosos, para unirnos más que nunca y luchar por el bien común y el restablecimiento del equilibrio mundial.

—Si tal cosa se lograse, daría por bien empleada la Enfermedad —suspiré—. Habrá conseguido más en veinticuatro horas de la vida humana, que en toda la historia de la humanidad.

—La Enfermedad… —resopló el presidente Adams—. ¿Sabe que es un virus, Killey?

—Me lo dijo el doctor Darrow. ¿Se ha confirmado ya?

—Sí. Se ha confirmado. El Laboratorio Federal coincide. Es un virus desconocido, extraño. Está en el aire. Entra en nuestro organismo por simple inhalación respiratoria. Algo terrible.

—¿De dónde procede?

—Nadie lo sabe. Darrow tiene una teoría que el Laboratorio Federal no comparte totalmente.

—¿Virus espacial? —sugerí, arrugando el ceño.

—Algo así —mi antecesor en el cargo supremo del gobierno nacional me estudió, pensativo—. Una forma de epidemia cósmica, dice él. Suena ridículo, ¿no cree, Killey?

—Yo me veo ridículo, presidente —dije, acremente—. Y veo igual a los demás. Llegado a este punto, ¿por qué no aceptar la posible ridiculez de todo lo demás?

—No hay nada que pruebe que el virus vino del cielo —rechazó el director del FBI.

—Entonces, ¿por qué sostiene Darrow esa teoría? Él es un buen químico y un excelente investigador biológico.

—No le negamos sus méritos. De acuerdo en que todo esto ha coincidido con el fin del proyecto Bio-Cosmos, pero… —Hamilton Adams hizo un gesto enfático con su canosa cabeza respetable—. Es sólo una simple coincidencia, nada concreto.

—Un momento —pedí—. ¿A qué coincidencia se refiere? Conozco el proyecto Bio-Cosmos. Pero ignoro el fin del mismo. Creí que no ofreció novedad alguna. Culminó en el regreso rutinario del satélite BC-122 de la serie *Research,* ¿no es cierto?

—Bueno, no puede decirse que fuera precisamente rutinario ese regreso —comentó Clark R. Andrews—. ¿No sabe lo que sucedió?

—No, no lo sé —les miré severo—. Y si soy el presidente electo, imagino que tendré motivos para saberlo…

—Oh, todo ocurrió justo la víspera de…, de todo esto. Es decir: ayer, si nos atenemos al tiempo real de nuestras vidas normales —señaló el reloj que batía implacable su tic tac—. El satélite BC-122, de la serie Bio-Cosmos, regresó conforme al plan establecido, pero…

—Pero, ¿qué? —insistí furioso.

—Pero cuando tocó suelo terrestre, el satélite entero parecía contaminado.

—*¿Contaminado?*

—Se les aisló y puso en cuarentena. Lo está en estos momentos, sometido a fuerte control de los sistemas de seguridad de la NASA.

—Entonces, ¿por qué pudo influir ese satélite en lo ocurrido? Se supone que la NASA tiene adoptadas toda clase de medidas de seguridad en casos así. Cualquier organismo extraterrestre que llegue a nosotros, es aislado y bloqueado automáticamente en las bases de la Administración Espacial…

—En este caso, hubo un error. Una negligencia, señor.

—¿Qué error? —pedí seco—. ¿Qué negligencia, señor Andrews?

—Un tripulante del satélite Bio-Cosmos 122. El capitán Lewis Richard Alien. Llegó enfermo a la Tierra. Antes de ser detectada la presencia de cuerpos extraterrestres en la superficie exterior de la nave, el capitán había sido hospitalizado, con simples medidas rutinarias de seguridad, en el hospital de personal Astronáutico.

—¿Y...? —pregunté, tenso, fijos mis ojos en el director del FBI.

—Y ocurrió algo que no es rutinario en absoluto, señor —dijo Clark R. Andrews secamente—. El capitán Lewis Richard Alien desapareció.

—¿Qué? —mascullé.

—Escapó sin dejar huella alguna. Se evaporó de su habitación del hospital. Nadie sabe adónde fue. Pero las ropas de su lecho, sus prendas todas, estaban saturadas de un raro polvillo plateado que antes no existía...

—*¿Polvo plateado?* —indagué, con un gesto de perplejidad.

—Exactamente, Killey —confirmó el presidente Adams—. No hubiera tenido importancia alguna, de no comprobar que ese polvo hecho de láminas o escamas plateadas, de un gris pálido y brillante..., eran corpúsculos VIVOS. Es decir, formas o estructuras unicelulares de naturaleza desconocida para el ser humano. Y, cosa curiosa, apenas entró allí la enfermera Smithy, encargada de atender al paciente..., se volvió microscópica. Fue uno de los primeros casos conocidos. Y también el doctor Benjamín Walters, jefe de ese pabellón clínico, y único miembro facultativo que atendió al capitán Alien... El doctor Walters es amigo personal del doctor Darrow. ¿Se da cuenta de los motivos de la teoría fantástica de este último?

—Sí —afirmó roncamente—. Me doy cuenta... y casi empiezo a creer en ella.

—¡Señor Killey! —se asombró el director del FBI—. Las cosas ya están lo bastante mal como para que, precisamente usted, nuestro futuro presidente..., piense que las causas de todo esto llegaron de otros espacios, de más allá de lo desconocido...

—¿Por qué no? —repliqué calmoso—. Si esto es una enfermedad, es algo nuevo y terrible. La peor epidemia imaginable. Algo que nunca sucedió antes. Por tanto, ¿por qué no imaginar que llegó de otros mundos, por qué no admitir que ese virus, o lo que ello sea, es una forma de vida cósmica, llegada en hora mala al planeta Tierra?

Ellos me miraron, sin fuerzas siquiera para discutirlo. Creo que en el fondo temían esa realidad de los hechos, esa posibilidad alucinante de que nuestro mal colectivo, por proceder de otros mundos, espacios y formas de existencia vital, fuese incurable e irremediable. Y mis teorías no hacían sino confirmar ese oculto temor

que ellos pretendían ahuyentar de sí desesperadamente.

Como ha sucedido siempre, entonces la verdad tampoco gustaba a nadie.

Pero gustase o no, podía ser la verdad.

Y yo me temí que, realmente, lo fuese.

* * *

—Ahí lo tiene, señor. Es el Virus HR. También se le llama Virus Antares.

—¿Antares? —enarqué las cejas—. ¿Por qué Antares, precisamente? Es una estrella de primera magnitud, en la constelación de Escorpión...

—Es también el símbolo del último satélite de la serie Bio-Cosmos. El BC-122 llevaba sobre su fuselaje externo el dibujo de Antares, y ese nombre —explicó el doctor Darrow, pensativo, paseando por la estancia de plástico, prefabricada, en la que nos movíamos ahora, como en un mundo hecho a nuestra semejanza, pero tan ficticio como toda la zona de Seguridad, instalada en los jardines de la Casa Blanca a escala reducida, para microscópicos seres como nosotros. Afuera, todo seguía igual. Un mundo de gigantes, de colosos, nos servía de envoltura demoledora. Aquello era como una fría, aséptica y funcional casa de muñecas, donde defendemos, investigar, luchar esperar y confiar.

Yo contemplé en la gran pantalla reproductora, en la computadora hecha a nuestra escala actual, aquellas imágenes estremecedoras de una serie de escamas o láminas plateadas, palpitantes y extrañas, amenazadoras y silentes, captadas por el objetivo sutil de los microscopios electrónicos.

El Virus Antares.

El Virus Human Reduction o HR... Era aquello. Sólo aquello. Una especie de corpúsculos o diminutas formas vivas, ahora tan pequeñas como nuestros dedos, en realidad tan diminutas como pueden serlo una mota de polvo o un grano de arena fina. Plateados, cristalinos, elásticos y con una capacidad de reproducción y multiplicación realmente fabulosa.

Lo habían logrado aislar y fotografiar. Yo lo veía palpitar allí, como algo vivo —en realidad, estaba vivo—. También muchas bacterias y microbios o microorganismos terrestres poseen esa forma de vida unicelular, pensé. Pero su vida me parecía entonces algo inquietante, siniestro. Como si fuese *algo más* que simple vida orgánica… Y eso que, en buena lógica, no *podía haber* más. Pero...

Pero, ¿qué sabíamos nosotros sobre «aquello», fuese entidad o simple *cosa*?

—¿Ningún antídoto o contraarma? —indagué, tras un silencio.

—No, nada —suspiró el doctor Hasper F. Darrow. Pulsó una serie de teclas en la computadora. Allá, en la pantalla, las escamas plateadas se agitaron, se volatilizaron, descomponiéndose en simple polvillo..., para volver a crecer, reagruparse en células laminadas y seguir su rara palpitación, su inquietante ciclo vital, apacible y solemne—. ¿Ve eso?

—Lo veo, sí —asentí—. ¿Qué es fuera de su puro término científico, doctor?

—Hemos bombardeado las células con protones radiactivos. Hemos atacado el virus con toda clase de métodos químicos conocidos. Ya ve lo que sucede: estallan, se hacen corpúsculos diminutos. Pero cada uno de ellos genera nueva vida, se fusionan otra vez entre sí, y de cada escama atacada se forman un centenar más. Eso sólo significa algo: la reproducción masiva del mal. La extensión virulenta, incontrolada, devastadora. En vez de destruir su vida, la multiplicamos.

—Y así hasta que lo invaden todo... —me estremecí.

—Virtualmente, lo tienen ya invadido —señaló la pantalla—. Estamos viendo la escena ampliada miles de veces por el microscopio electrónico, único que poseemos adaptado a nuestro actual volumen. En su dimensión normal, esos cuerpos unicelulares, de origen extraterrestre, no son mayores que un punto dibujado con un lápiz sobre el papel. Flotan por doquier. Nos rodean. En cierto modo, yo diría que..., que NOS ACECHAN.

Me estremecí. Miré, preocupado, al buen doctor Darrow. La idea absurda que poco antes me asaltara, viendo aquellos cuerpos plateados, laminados, en la pantalla de color de la computadora, volvió con más fuerza aún.

Y me aterró en su significado espantoso.

—*Nos acechan*... —repitió, en un murmullo ahogado—. Pero..., pero eso significaría algo. Algo más de lo que usted ha dicho antes, doctor. Algo más que aludir a una simple forma de vida orgánica, unicelular, puramente biológica... Eso significaría, si no me engaño, que ese virus o lo que ello pueda ser... PIENSA. QUE TIENE CEREBRO, doctor...

Hasper F. Darrow me miró con expresión extraña. Le vi asentir, mientras temblaba ligeramente.

—Sí, señor —dijo con voz ronca—. Eso es lo que he empezado a pensar... y no creo equivocarme.

## CAPÍTULO II

Kate tomó un sorbo de zumo de frutas. Atacó su plato de alimentos con apetito.

La miré. Ella me miró, mientras yo fumaba en silencio. Creo que la escena apacible, familiar, casi rutinaria, tenía algo de falsa, de ficticia, de tremendamente engañosa. Ella y yo sabíamos perfectamente lo que sucedía fuera de allí, de aquel recinto donde volvíamos a ser o parecer como siempre fuimos. Muros plásticos, prefabricados, muebles a medida, alimentos adecuados...

Todo tan artificioso como una auténtica casa de muñecas para humanos. Todo a escala reducida, dentro de la llamada Zona de Seguridad. Habitaciones, muebles, instalaciones, incluso alimentos, bebidas, objetos, armas... Todo en una rara y grotesca apariencia de normalidad que no podía engañamos a ninguno. Puesto que a veces servía para que no pensáramos para que olvidásemos, siquiera por unos piadosos minutos, la tremenda verdad del exterior. La existencia agobiante de un mundo que se nos había quedado espantosamente grande, inverosímilmente gigantesco para nuestro mísero tamaño. Y en el que nos debatíamos en total inferioridad con la forma de vida que nosotros mismos habíamos creado.

Aun así, se agradecía ese engaño propio, ese espejismo confortante. Kate y yo parecíamos los dos de siempre.

Y nuestra vida era un remedo bastante aceptable de todo lo anterior, aunque ambos supiéramos que no era así.

—¿En qué estás pensando, Luth? —me preguntó ella de repente, dejando de paladear el zumo de frutas en su copa de vidrio.

—En ti, en mí... En muchas cosas, Kate —confesé con un suspiro.

—Sí, te entiendo. Es como si todo volviera a ser igual.

—Pero ambos sabemos que nos engañamos. Nada es *igual.*

—No, no lo es —ella exhaló un poco de aire entre sus labios, apartando alimentos y bebida. Me contempló en silencio antes de

añadir—: Y no sé si alegrarme de ello, Luth...

—¿Alegrarte? —dudé, pestañeando—. ¿Existe algún motivo para ello?

—Quizá sí. De ser todo como antes, tú y yo estaríamos discutiendo nuestro futuro, nuestra separación legal y todo eso.. No te preocuparías de que como o bebo, de lo que puede sucederme. Ni yo te estaría contemplando horas y horas de nuestro pequeño tiempo en esta pequeña vida de ahora.

—Sólo ha cambiado nuestro volumen, Kate. Seguimos siendo los mismos.

—Es posible. Pero tú has aprendido algo: no hay ambición política que valga la pena. Nada se puede anteponer a la propia existencia y a la de aquellos con quienes compartimos la vida. Yo he aprendido algo también, Luth. Algo que no me paré a pensar en años enteros de matrimonio.

—¿Qué fue ello, Kate? —me interesé.

—Ahora sé que te necesito. Que sin ti yo no soy nada. Que arriesgarías tu vida por salvarme de un peligro, sin preocuparte de tu propia seguridad. Y esto tuvo que enseñármelo ese mosquito. Un simple mosquito enfurecido, Luth... También he descubierto que el egoísmo no era un defecto solamente tuyo, sino también mío. Sólo entregándonos totalmente el uno al otro, vale la pena compartir lo peor del mundo.

—Creo que tienes razón, Kate. Cuenta tan poco ser importante, poderoso... Ahora mismo, mi condición de presidente electo sigue siendo ridículamente pequeña, como nosotros mismos. Quizá éste es nuestro auténtico volumen, el de nuestro poder y nuestra condición. Es lo que nos rodea, la obra que nosotros levantamos, la que tiene magnitud y grandeza. A veces tanta, que si el equilibrio establecido se altera por un momento, todo se derrumba, y las cosas pierden su sentido y su significado. Así de frágil y de falso es el mundo que hicimos, Kate, y por el que a veces hemos sacrificado lo mejor de nosotros mismos.

Nos miramos en silencio. Kate se había levantado. Fue hacia mí. Yo hacia ella. Nos encontramos. Nos abrazamos. Buscamos nuestras bocas en un mutuo beso largo y cálido...

—Oh, Luth... —le oí susurrar, al apartamos—. Luth de mi vida... No sé si alguna vez volveremos a ser los que fuimos, pero de ser

así... quisiera ser como ahora, sentir como ahora, pensar como ahora mismo...

—Eso no depende de nuestro tamaño, Kate, sino de nosotros, de nuestra mente, de nuestro espíritu... Y eso no cambia. Eso no se altera, sea cual sea su volumen...

Me miró. La miré. Nos comprendimos. Nos sentimos más cerca que nunca el uno del otro, más unidos de lo que jamás pensamos en llegar a estar otra vez.

Y allá, en un rincón de mi ser, incluso llegué a darle gracias a las circunstancias, a lo sucedido. Al misterioso virus plateado que llegó de otros mundos...

* * *

—¿Pensar? ¿Has dicho que ese virus puede tener la facultad de *pensar*? —dudó Kate aturdida, mirándome con incredulidad.

—Lo ha dicho el doctor Darrow. Inicialmente, suena a imposible, a puro absurdo. Luego, uno recapacita, empieza a darle vueltas... y piensa que es factible. ¿Qué sabemos nosotros de formas de vida, extraterrestre, Kate? ¿Qué sabemos de nuestro propio mundo, si nos ocupamos en averiguar la clase de vida orgánica del plancton o de la fauna abisal? Es más lo que ignoramos que aquello que conocemos.

—Pero no tendréis ninguna prueba que justifique esa horrible posibilidad, Luth...

—No, pruebas no —rechacé, inquieto—. No me gustaría tenerlas, la verdad. Pero la sensación de *acecho* existe. Es algo que se intuye, que está en el ambiente... ¿No has tenido nunca, durante este tiempo anómalo, la impresión de que *algo* o *alguien* te vigila?

—Sí —se estremeció ella. Eludió mirarme—. Pero lo he atribuido a .. a la existencia de animales irracionales allá afuera, con su tamaño normal, con su hambre, su belicosidad, su agresividad hacia nosotros todos... Creí que esa clase de acecho, de vigilancia, es la que una presiente, la que casi siempre palpa en el propio clima que nos rodea...

—No, Kate. Me temo que no es eso. Hay algo más. O *alguien,*

no sé.. Cuando he visto esos corpúsculos, esos cuerpos unicelulares, palpitando como seres vivos bajo el objeto del microscopio electrónico…, he sentido *miedo.*

—¿Miedo tú, Luth?

—Sí, créeme. Miedo a algo que ni siquiera entiendo, pero que intuyo aquí, cerca de nosotros. Muy cerca, Kate…

—Oh, Luth, mi vida… —tembló ella. Y se acurrucó contra mí bruscamente, apoyándose en mi pecho—. Me asustas también a mí al decir eso…

—No pretendo hacerlo, ni mucho menos —suspiré, acariciando sus cabellos tiernamente—. Sólo pretendo hallar la verdad. Una verdad que no entiendo aún. Y que quizá no entienda nunca del todo. Pero que me aterra pueda ser lo que Darrow sospecha. Lo que yo he deducido por un hecho que me resulta más significativo que ningún otro, Kate.

—¿Un… hecho? ¿Cuál, Luth?

—El de nuestra enfermedad o lo que ello sea. ¿Te has dado cuenta de algo? Solamente nosotros, los humanos, hemos sido afectados. *Sólo* los racionales. Aves, insectos, animales irracionales, siguen siendo los mismos, sin alteración física alguna. Eso quiere decir que únicamente los humanos fuimos afectados por el fenómeno. ¿Motivos? Se me ha ocurrido uno realmente espantoso, querida.

—¿Cuál, Luth?

—Nuestra mente. Nuestro único elemento que difiere de las bestias… El *cerebro,* Kate.

—¿El cerebro? ¿Qué quieres decir?

—Justamente lo que digo: el cerebro. ¿No te das cuenta? Sólo los *inteligentes,* los racionales, los que PENSAMOS, nos convertimos en minúsculos seres, afectados por el Virus-HR o Virus Antares, ¿te das cuenta?

—Sí, pero…, ¿qué puede significar eso, Luth?

Di unos pasos por la estancia, inquieto. Me detuve. Respondí a su pregunta tensa e inquieta:

—Kate, eso puede significar, simplemente…, que ellos ATACAN NUESTRA MENTE. Es decir, que son células inteligentes que

encuentran el punto débil de nuestra naturaleza justamente en nuestro cerebro… y a través de él obtienen la Reducción, por un medio biológico imposible de analizar todavía con nuestros escasos conocimientos de la situación y de la naturaleza de nuestro adversario llegado de otros lugares del Sistema Solar…

—De modo que, según eso…, ellos…, ellos serían enemigos de nuestra mente. Inteligencia pura, células pensantes… que nos quieren destruir, Luth…

—Sí, creo que sí, Kate. Me temo que ésa es la cruda realidad.

—Pero…, ¿por qué, Luth? *¿Por qué?*

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé. Y eso es lo que más me asusta…

* * *

Poco después de esa conversación entre Kate y yo, recibimos noticias de Moscú y de Pekín en la Zona de Seguridad.

Las noticias no fueron demasiado extensas, pero sí en cierto modo alentadoras, pese a todo. Los gobernantes del Kremlin nos exponían sus problemas y dificultades, tan similares a los nuestros. Y terminaban con una frase cargada de las mejores esperanzas:

> «Pese a todo, seguimos luchando por superar esta crisis. Sabemos ya que no podemos en modo alguno recuperar nuestras dimensiones normales, al menos por el momento. Y nos adaptamos a ellas del mejor modo posible.
>
> »Además, investigamos las causas del fenómeno. Todo parece confirmar que es una especie de enfermedad virulenta. Daremos más detalles en cuanto los conozcamos.»

En la China Continental, las cosas estaban más o menos lo mismo. Los dirigentes de Pekín se mostraban en principio recelosos, para después aceptar la buena fe de todos y buscar una causa lógica

de todo aquello.

> «Al principio estuvimos tentados de accionar los misiles atómicos sobre su país, convencidos de que se trataba de un ataque de tipo químico, sobre nuestro pueblo. Luego decidimos esperar y comprobar antes todos los detalles.
>
> »Así hemos sabido que se trata de un mal a escala mundial. Todos los informes recibidos coinciden en ello. Estamos tratando de aislar el posible virus de esta dolencia inexplicable. Nuestros científicos creen que procede del espacio exterior, por ciertos indicios de tipo radiactivo, ajeno a cualquier tipo de bacteria o virus terrestre. Pero no es seguro ni está confirmado. Les rogamos nos notifiquen cuanto sepan. Estaremos a la recíproca gustosamente. Este es un grave dilema de todos los pueblos del mundo. Unidos, podemos hacer algo. ¿Por qué no intentarlo, amigos?»

Sí. En medio de nuestro colectivo y tremendo drama, era alentador. Lo era que nosotros, los humanos, recordáramos, acaso por vez primera, lo que era la convivencia, la fraternidad y la mutua ayuda. Teníamos que luchar unidos. O perecer desunidos. Yo sabía esto. Lo sabían todos los pueblos y todos los gobernantes. Lo importante era que en realidad, llegáramos a obtener algo positivo. Pero la unión de todos los ciudadanos de la Tierra, parecía un hecho. Ante la cruda realidad de nuestro trance, razas, ideologías y religiones significaban ya bien poco. Un nexo más fuerte e inconcreto que todo esto, nos iba uniendo frente al mal común.

—¿Qué le parece esto, Killey? —me preguntó el presidente Adams, tras leer los mensajes y pasar control sobre las respuestas oficiales de Washington.

—Una esperanza —suspiré—. No sólo en un hipotético y futuro éxito, sino una esperanza en nosotros mismos, como entes de una sociedad. Es como descubrir que, pese a todo, la especie humana no es tan mala como uno imaginó antes de suceder esto…

—Opino igual, amigo mío —murmuró mi antecesor, todavía ejecutivo del máximo poder legislativo de la nación. Me miró larga,

profundamente, antes de añadir con voz grave—. Ahora, quiera Dios que alguno de nosotros, ruso, chino o del mismísimo infierno logre algo positivo que resuelva la crisis. Esto me dará por satisfecho, créame.

Asentí. Le creía, porque era mi misma idea. Entregamos los mensajes oficiales a Pekín y Moscú, con todo cuanto habíamos averiguado. Naturalmente, mis sospechas sobre la naturaleza posiblemente inteligente de aquella especie de fantástico virus espacial, no formaban parte de aquel informe, por la sencilla razón de que eran sólo las ideas de un hombre. Y aunque ese hombre se llamase Luther Killey y pudiera ser en el plazo de pocas semanas el presidente, de los Estados Unidos de América, tal cosa no daba de por sí especial significado a una simple hipótesis que, además, causaría el estupor y la incredulidad de la gran mayoría de personas a quienes yo hubiera podido informar sobre mis sospechas.

Quizá por ello, la teoría era aún un secreto celosamente guardado, que sólo compartía yo con Kate. Pero tenía el convencimiento de que el doctor Barrow también me ocultaba algo, y ese algo se relacionaba sin duda alguna con la naturaleza del virus HR, responsable de la Reducción.

De todos modos, no quise ahondar en la cuestión, y no le hice pregunta alguna. Era mejor esperar acontecimientos. Según lo que Barrow pensara, no me haría partícipe de ello, por miedo a sufrir el ridículo. Y ése era un sentimiento demasiado humano para que yo no lo tuviera en cuenta y respetase su mutismo científico.

La computadora construida especialmente para comunicar con cualquier punto del Globo en aquellos momentos de tensión, dentro de la minúscula Zona de Seguridad de los jardines de la Casa Blanca, bajo la protección de armas diminutas pero destructoras, y fuerzas militares bien entrenadas, cuyo defecto ahora era su escasa talla física, transmitió los mensajes. Simultáneamente, íbamos recibiendo otros de regiones norteamericanas. Todos ellos con sello de máxima urgencia, y transmitidos por grupos o células oficiales, que iban organizándose acá y allá, en la desesperada lucha contra la fuerza invisible que nos cercaba por doquier.

Eché una ojeada a algunos de aquellos breves y espeluznantes mensajes:

> «Peligro. Las ratas han empezado a invadir las calles sin defensa de Nueva Orleáns. No hay

peatones ni vehículos. Estamos tratando de defendernos de esos monstruos.»

«Hemos tenido que matar a docenas de perros enfurecidos en Brooklyn. Utilizamos armas letales adaptadas a nuestro tamaño. Pero la situación se pone a cada momento más difícil.»

«Tenemos informes de muchas familias exterminadas por sus animales domésticos. Granjas de las afueras de Los Ángeles sufren la aniquilación de sus propietarios, devorados por aves o carnívoros de crianza. El espectáculo, incluso a distancia, es aterrador…»

No seguí leyendo. Sabía que eso tenía que suceder, tarde o temprano. El equilibrio lógico se, había alterado. Ahora, los animales no temían ni respetaban al hombre. Su pequeñez y su miedo les perdían. Hasta el más dócil animal doméstico se convertía en una fiera temible. Y la sangre humana derramada, el destrozo en cuerpos de diminutos hombrecillos, no hacía sino excitar su instinto y poner más difícil la situación.

—Espantoso —comenté con el director del FBI, que recogía los manojos de informes captados por la computadora de comunicación.

—E inevitable, señor —afirmó él, sombrío—. No podemos hacer nada. Eso sucederá también en Washington. Hemos dispuesto unas cargas de gas venenoso para perros, gatos, palomas y cuantos animales habitualmente inofensivos nos ataquen. Pero me pregunto cuánto tiempo mantendremos a raya a esos monstruos.

—Todo depende de que logremos perfeccionar los medios de construir nuevas armas y defensas —señalé—. O de que volvamos a nuestro tamaño original.

—Me siento pesimista, señor. No creo que suceda,

—¿Por qué no? —protesté—. Un factor extraño provocó el desequilibrio. Imaginemos que ese factor se debilite o agote. Incluso las grandes epidemias han llegado a ceder alguna vez…

—Me gustaría estar seguro de que esto es también una epidemia —dudó el director del FBI con tono claramente escéptico—. Pero aunque el doctor Darrow lo afirme, y muchos coincidan con su teoría… me resisto a imaginar que una enfermedad pueda convertir en liliputienses a toda la especie humana. Nunca hubo una epidemia tan rápida…

—Tampoco hubo nunca una dolencia tan extraña, Andrews. La infección ha recorrido el mundo vertiginosamente. Quizá porque todo el mundo sufrió a la vez el ataque de ese virus… Piense que es una especie de polvo cósmico. La nube pudo envolvemos totalmente, y causar el caos…

—Ya he pensado en ello, señor. Lo que me asombra es su naturaleza, sus resultados… ¿Cómo puede haber alguna dolencia que nos reduzca a este estado lamentable, que provoque una alteración tan inaudita de nuestras células, de nuestros átomos, dejándonos convertidos en algo tan microscópico, mientras animales de todo género siguen pululando por el mundo, como la peor de las amenazas existentes contra nosotros?

Hubiera podido contestar a Andrews con mi propia teoría sobre el asunto. Pero no tenía ninguna prueba para convencer a nadie de que mi idea fuese buena, y opté por callar, limitándome a encogerme de hombros y, tras un largo silencio, comentar entre dientes algo vago y ambiguo, que nada aclaraba al director de la Oficina Federal de Washington:

—Eso, Andrews…, tal vez lo sepamos algún día. Y nos asombremos de la verdad…

Me alejé, por aquella serie de pabellones de plástico, prefabricados por ejércitos de auténticas y laboriosas hormiguitas humanas, capaces de luchar y agruparse para dar un cierto aire de normalidad a nuestra situación actual.

Diminutos relojes se habían construido, adaptándolos a nuestras dimensiones, y creando así una hora artificiosa, que nada tenía que ver con la solar, aunque se procuró montar un reloj electrónico que nos indicara el tiempo real que transcurría allá afuera, en el mundo que nosotros creamos, acorde con nuestro volumen de entonces.

Horas, simples horas y minutos de ese tiempo, eran para nosotros jornadas enteras, días de lucha, de tensión, de espera. Y también de reposo, de sueño, de reparación de fuerzas. Alimentos,

descanso y cuanto precisábamos los pequeños humanos actualmente, se habían regulado ya, al menos dentro del área fortificada de la Zona de Seguridad.

Al siguiente día —nuestro día, claro está, sin relación alguna con el horario exterior—, se nos dijo que varias patrullas de vigilancia y control recorrerían las calles de Washington, a una altura prudencial, para ver el estado de la ciudad, abandonada por sus habitantes en apariencia, y que empezaba a ser del dominio de los animales domésticos en libertad, cada vez más envalentonados, más hambrientos, más peligrosos...

—Me gustaría recorrer esas calles a mí también —le dije al director del FBI, pensativo.

—¿A usted, señor? —dudó él, preocupado—. Tenga en cuenta que es el presidente electo, el hombre que ha de regir los destinos de este país en un inmediato futuro...

—...Si es que existe para entonces ese futuro —sonreí agriamente, interrumpiéndole—. Escuche, Andrews. Usted es un hombre sensato. Sabe que existe otro presidente en estos momentos, el que ocupa legalmente la Casa Blanca, Yo no soy sino el hombre de mañana. Uno de los dos debe de controlar la situación, y creo que soy el adecuado, ya que mi juventud es más conveniente a una labor directa y activa. Deje que Hamilton Adams se ocupe de todo lo demás, en tanto yo salgo de excursión por Washington y compruebo el estado de cuanto nos rodea.

—Si es una orden, señor... —vaciló él, mirándome inquieto.

—Si lo prefiere..., sí —afirmé—. Es una orden.

# CAPÍTULO III

El «Bi-Móvil» nos trasladaba al coronel Mark Davidson y a mí, por encima de las desiertas vías urbanas. Ambos conducíamos la pequeña nave flotante, entre los altos muros grises que antes fueran residencias y centros oficiales, en torno a los grandes jardines y edificaciones del Gobierno de los Estados Unidos.

Me incliné, observando abajo la escena dantesca de una jauría de perros feroces, mordisqueando con rabia unos pequeños cuerpos humanos. La sangre manchaba tenuemente la acera y el bordillo. Era como haber tronchado a unos simples tordos o gorriones. Y fueron seres humanos. Nada menos que seres humanos como nosotros, destrozados a dentelladas por quienes fueran siempre sus fieles amigos…

—Creo que el verdadero desastre está comenzando —señalé—. Ese es el más claro indicio…

—¿Se refiere a… a esa matanza de allá abajo? —se estremeció el militar.

—Es una prueba de que el desequilibrio es ya total. No sólo no nos aman los animales, sino que nos devoran, llenos de odio y de apetito voraz. Esa escasa sangre que nuestros cuerpecillos derraman, es su acicate de ahora. Es el olor de la muerte y de la crueldad. Apenas si ha comenzado el festín horrible, coronel. Dios libre a todos los humanos de esa clase de ataques.

—Estamos pensando en exterminar a perros, gatos, ratas, palomas… —el coronel Davidson meneó la cabeza—. Es lamentable, pero no hay otra solución para proteger a los demás. Están empezando a invadirlo todo. Sin cuidados ni atenciones de sus dueños, ¿qué será de todos ellos? El hambre, la rabia, la atracción de la sangre, van a hacer de ellos auténticas amenazas a la vida humana.

—Ya lo son —les señalé. Ellos habían intuido algo, la presencia nuestra sobre ellos, y alzaban las cabezas, aullando o emitiendo gruñidos amenazadores. Los colmillos o garras que vi, en perros y gatos antes llenos de docilidad, mostraban manchas de sangre humana.

Unas palomas se habían posado sobre los restos humanos, picoteándoles despiadadamente. Todo ello era aterrador. Me alegré de que Kate no lo presenciara.

—Bajaremos —dijo el coronel, irritado—. Llevamos a bordo un arma. La utilizaré contra esa jauría maldita. No puedo soportarlo más.

No le dije nada. Comprendí su ira, su afán vengativo incluso. Sólo me limité a señalarle, cuando empezamos a perder altura, manipulada la pequeña nave biplaza por su experta mano de piloto de las Fuerzas Aéreas:

—Tenga cuidado. Si algo fallase en nuestro descenso, estaríamos perdidos...

—No tema —me miró, ceñudo—. No pienso correr ningún riesgo inútil, señor.

Descendimos. Los ladridos de los perros y los maullidos hoscos de los felinos, se entremezclaban estridentes. Les vi corretear por el asfalto callejero, siguiendo nuestro vuelo. A sus ojos, debíamos parecer un insecto de metal y plástico. Pero algo les decía que éramos más que eso. Y nos acechaban, voraces.

—Voy a disparar sobre ellos —dijo—. No tolero su presencia...

Llevó la mano a un resorte. Accionó otro con su mano zurda, mientras yo cuidaba del control del «Bi-Móvil». En la parte inferior de nuestro vehículo del aire, apareció una boca de acero, por la que Davidson iba a lanzar Sobre los animales alguna carga letal que los exterminara.

—Descienda algo más, señor —me pidió, estudiando fríamente a los enfurecidos animales—. No estamos lo bastante cerca. Maldita sea, somos tan diminutos, comparados con esos monstruos...

—Sí, nuestro actual tamaño es la clave de todo el problema —asentí, preocupado—. Pero me pregunto si no estaremos arriesgando demasiado con este descenso, coronel...

—No, sólo debe descender un poco más. En cuanto disparemos sobre ellos, elevaremos nuevamente nuestro nivel, regresando a la Zona de Seguridad. Mientras los animales se despedacen entre ellos, dejarán en paz a los humanos. Unos cuantos cadáveres de perros y gatos les servirá de distracción mientras tanto...

Con toda clase de precauciones, descendí hasta una altura prudencial sobre los animales enfurecidos. El coronel oprimió el

resorte de disparo. Sentí vibrar violentamente nuestra pequeña y ágil nave.

Brotaron de aquella boca hasta tres formidables cargas explosivas, sin duda de napalm o algo así, muy concentrado en unos proyectiles, que estallaron sobre los animales, derramándose como fuego de artificio terribles, y haciéndoles aullar, desesperados, mientras sus cuerpos ardían, convulsos, o se revolcaban, deformes, abrasados, en el asfalto sangrante.

Perros y gatos se agitaban bajo el alud explosivo, y yo, a un gesto rápido del coronel, manipulé el «Bi-Móvil», elevándonos rápidamente por encima de aquella ululante *massacre.* Lo peor es que una de las palomas que picoteaban los horribles residuos humanos, resultó herida, junto con las demás. Pero mientras éstas se achicharraron, dando tumbos con sus alas llameantes y sus cuerpos envueltos en plástico incendiario, aquélla tuvo la mala ocurrencia de elevarse, de emprender un vuelo inseguro, emitiendo chillidos extraños de dolor.

Y nos golpeó de lleno con su cuerpo emplumado, mucho mayor que el de nuestro vehículo aéreo.

—¡Cuidado! —rugió Davidson, desorbitando los ojos.

Hice cuanto pude, pero no me era posible controlar el vehículo, en torno al cual flotaban grises plumas de la herida paloma, mientras las alas de ésta, en su agitar convulso, nos zarandeaban de nuevo, lanzándonos entre tumbos violentos, justo hacia donde los animales heridos agonizaban, y los ilesos volvían, medrosos, contemplando la *massacre.*

Si caíamos entre ellos, nuestra muerte era segura.

Y ni Davidson ni yo parecíamos capaces ya de hacernos con el control de la nave biplaza. Dando volteretas, incontrolados y aturdidos, nos vimos caer en vertical hacia abiertas fauces y babeantes bocas de animales hambrientos y enfurecidos.

No era un digno final para un presidente electo de los Estados Unidos, pero no era la dignidad problemática del caso lo que entonces me preocupó, sino el hecho de que iba a morir despedazado. Y lejos de Kate, a quien ya no vería más...

* * *

No sé cómo sucedió.

Siempre he dicho que tuvo mucho de milagroso. Si alguna vez un simple azar ha salvado la vida de unos hombres en peligro, nunca pudo ser como entonces. Repito que entró de lleno en el terreno de lo puramente milagroso. O poco menos.

Porque nuestra distancia de aquellas fauces mortíferas que se abrían para recibirnos, era ya insignificante cuando logré estirar mis brazos, a la desesperada, e hice algo, que ni yo mismo sé aún lo que fue.

Eso, y el respingo violento de la nave, fue todo uno. Con un bamboleo brutal, vi alejarse de nosotros las afiladas dentaduras babeantes. Unos maullidos rabiosos y unos ladridos de desaliento, acogieron ese hecho. Vi saltar a los perros y a los felinos sobre nosotros. Pero lo hicieron un poco tarde, confiados en la presa segura que éramos para ellos poco antes, y ya no nos dieron alcance.

Estábamos subiendo y subiendo otra vez, mientras mi mano derecha se aferraba con energía, casi con desesperación, al volante de control. El coronel Davidson, lívido, me contempló con un jadeo ronco, para murmurar, impresionado:

—Dios mío, señor... Usted ha salvado mi vida y la suya en este mismo instante... y aún no sé cómo.

—Confidencialmente, le diré que yo tampoco —dije, con una hueca risa irónica—. Pero lo importante es haberlo hecho, coronel.

Pasamos junto a la paloma herida, causante del desastre, que aleteó frente a nosotros, no sé si con ánimo de atacarnos, espoleada por el dolor de sus quemaduras sangrantes. El coronel no vaciló en ese trance. Pulsó el resorte de disparo otra vez. Una carga de napalm reventó contra la cabeza de la paloma. El ave chilló, dando volteretas y precipitándose hacia el asfalto, ya sin vida.

—Si la Protectora de Animales nos viese... —resopló el coronel, con ironía. Me miró, guiñando un ojo. Y añadió, con cierto agrio sentido del humor—: La verdad es que mi esposa y mi cuñada eran miembros de esa entidad. Y yo nunca quise causar daño alguno a los animales, pero ésta es una situación distinta a todas, señor presidente...

—¿Y me lo cuenta a mí, coronel? —resoplé, saliendo al fin de

mi angustia, con lentitud—. Por Dios, no tiene que dar explicación de sus actos a nadie. Las cosas han dejado de ser como normalmente eran. Y hay que actuar de acuerdo con esa situación de crisis.

El «Bi-Móvil» remontó nuevamente los edificios, las calles desoladas. Nos alejamos, planeando con agilidad, hacia los jardines de la Casa Blanca. Pronto nos detectaron los servicios de protección de Security Zone, o Zona S., y tuvimos que identificarnos en el código previamente establecido.

Después de eso, nos miramos mutuamente, con un hondo suspiro de alivio.

—Nunca vi la muerte tan cerca como hoy, señor —me dijo el militar—. Y hemos vuelto…

—Sí, coronel —asentí—. Hemos vuelto a sitio seguro… cuando menos, de momento. Y eso, tal vez no sea del gusto de todo el mundo.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió el militar, contemplándome con extrañeza.

—Mire eso —dije, señalando atrás, a través de la cóncava cabina de plástico vitrificado de nuestra nave biplaza—. Nos ha seguido durante todo el tiempo…

El miró. Capté su parpadeo de asombro, al volverse a contemplarme, como si dudara de mi buen equilibrio mental.

—Es sólo una nubecilla de polvo, señor —comentó.

—Sí, sólo eso. Una nube de polvo plateado —dije lentamente —. Resulta raro que, en todo momento, se haya mantenido a distancia, como flotando voluntariamente cerca de nosotros, sin aproximarse. Luego, nos ha seguido hasta aquí de igual modo…

—No creo que una nube de polvo pueda seguir a nadie, señor —comentó el coronel, perplejo.

—Pues por raro que le parezca… yo sí lo creo, coronel —dije enigmáticamente, encogiéndome de hombros—. Y también creo que ha podido defraudarle nuestra buena suerte en aquel trance…

Esta vez Davidson sí me estudió con preocupación evidente por mi salud mental, y se alejó para dar su informe militar al Pentágono, sin atreverse a llevarme la contraria. Pero también sin comentar nada en absoluto a mis desconcertantes palabras.

* * *

—¿Está delirando, Killey? —tartamudeó el presidente Adams —. ¿Seguirles una nube de polvo?

—Es lo que hizo en todo momento —afirmé.

—Tal vez sea polvo magnético y se sienta atraído por su nave, por el motor, por alguna radiación especial... —sugirió el director del FBI, presente en nuestra reunión de alto nivel en el punto de máxima seguridad dentro de la Zona S.

—He pensado en ello —asentí—. Pero su modo de seguirnos no era puramente mecánico, como lo sería por magnetismo. Su vuelo era irregular, siempre manteniendo una distancia que no era necesariamente la misma, aunque sí bastante aproximada, salvo en momentos en los que estuvo más cerca o más alejada, según el caso.

—Supongo que esa nube de polvo no serviría para camuflar nada ni a nadie —señaló ceñudo el actual presidente, sin quitar de mí sus ojos astutos e inteligentes.

—Pues no, no era de esa clase, señor —dije, escueto—. Era simple polvillo flotante, color plateado. En suma: eran virus agrupados.

—¿Virus? —pestañeó Andrews—. ¿Está seguro de eso, señor Killey?

—Por completo —asentí. Mi mirada se cruzó con la de Kate, presente en la reunión, aunque respetuosamente silenciosa hasta entonces—. Por ello estoy cada vez más seguro de algo: ese virus es una forma de vida especial, un ser unicelular INTELIGENTE.

—¿Qué? —se asombró el presidente Adams—. ¿Cómo ha dicho, Killey?

—Inteligente, dije. Es decir: son materia pensante, intelecto en forma de polvo plateado, escamoso. Lo que está sucediendo en el mundo obedece sin duda a un plan minuciosamente establecido. Ellos saben que pueden inocular por sí mismos al hombre su extraña dolencia, la Reducción, y han procedido a ello masivamente.

—¿Por qué?

—No lo sé aún, señor presidente —confesé—. Todo es simple hipótesis, pero cada vez estoy más seguro de eso. Y quisiera comprobarlo sin lugar a dudas.

—¿Cómo? —se interesó el director del FBI.

—Del único modo que creo factible —suspiré cansadamente—: Intentando establecer CONTACTO mental con esas «cosas» o virus del espacio…

—¿Contacto? —se escandalizó el presidente Adams—. Es ridículo… ¿Cómo podría un ser humano hablar o relacionarse con una nube de polvo, por inteligente que resultara, si su fantástica teoría es la cierta?

—Sabemos ya algunas cosas de ese elemento cósmico. Sabemos, por ejemplo, que es unicelular, que posee vida propia y tiene una naturaleza virulenta, que produce la Reducción sólo en los humanos. Por tanto, es lógico imaginar que el camino utilizado para esa Reducción, para iniciar la infección masiva, es EL CEREBRO HUMANO, único elemento que nos diferencia de perros, gatos, palomas, insectos o cualquier otra clase de animal irracional.

—Eso sí tiene sentido, señor —convino el director del FBI—. Pero de ello a poder comunicarnos con esas células vivientes…

—Estoy seguro de que existe el medio adecuado. Todo estriba en dar con él… Quisiera saber qué buscan aquí esas formas de vida, extrañas a nosotros. Por qué están en la Tierra, qué buscan alterando nuestra naturaleza y modo de vida… Quiero creer que si son capaces de atacar al hombre mediante su cerebro, es porque poseen medios de alcanzar a éste y controlarlo de alguna forma mientras dormimos. En cuyo caso, si tienen el poder preciso para CONOCER nuestra naturaleza y reacciones, es porque son telépatas o pueden investigar en nuestros más recónditos puntos cerebrales.

—En cuyo caso, de sus palabras se desprende, Killey, que usted piensa en la posibilidad increíble de que su cerebro fuese capaz de comunicarle algo a esas células espaciales… —señaló el presidente Adams, sonriendo escéptico.

—Yo quiero pensar en algo más audaz aún, señor —dije con frialdad. Y, tras una pausa, añadí rotundo—: Quiero creer que «ellos» están de algún modo, en este mismo momento, DENTRO de nosotros, alojados en nuestro cerebro… Y quiero localizarlos, saber qué son y qué piensan…, hurgando dentro mismo de mi mente. ¿Lo entendieron ahora, caballeros?

Estaba seguro de que no lo entendían. Su gesto de asombro y desorientación, así me lo reveló sin lugar a dudas.

Sólo Kate, mi esposa, dijo con voz serena:

—Sí, Luth. Creo que tienes razón… Y tengo motivos para creerlo.

La miré. Ahora, el desconcertado, el sorprendido, era yo.

# CAPÍTULO IV

—Kate… Kate, ¿qué has querido decir? —indagué, aturdido.

Ella me sonrió, acercándose lentamente a mí. Sus palabras de respuesta fueron tranquilas y sobrias:

—Ha empezado a sucederme, Luth. Es sólo en determinados momentos, aisladamente. Pero está sucediéndome…

—Sucediéndote, ¿qué? —la apremié, alarmado.

—Mi cabeza… —se tocó las sienes. Hizo un gesto—. Es una sensación que va en aumento. Primero ha sido como a ráfagas, apenas unos segundos. Pero ahora crece. Y crece. Se prolonga en duración. Y me ocurre con mayor frecuencia, en progresión creciente.

—Pero, por el amor de Dios, Kate, ¿qué es lo que sucede de ese modo?

—Los pensamientos, Luth —susurró—. Es justo lo que tú dices. Es algo que está aquí, dentro de mí, de mi mente. Algo *ajeno* a mí. Algo que, en determinados momentos, PIENSA por mí. Y sé que dejo de ser yo misma. Sé que no es mi cerebro el que piensa, sino *otro* cerebro alojado en mi cabeza.

—Kate… —me estremecí, angustiado. Los demás la miraban perplejos, con evidentes señales de incredulidad en sus gestos. Pero a mí, eso ya no me importaba. Ni me importaban ellos. No me importaba nada ni nadie, salvo ella: Kate. Mi Kate… Me aproximé a ella, tomé sus manos, las oprimí con fuerza, busqué sus ojos, los escudriñé muy de cerca, apremiándola con voz ronca—: Kate, ¿estás segura de que eso está sucediendo?

—Por completo. Primero pensé en anomalías provocadas por la situación, por los trastornos naturales de nuestra extraña vida actual. Pero ya he desechado eso. Ya sé que no es cosa mía, sino algo que se aloja en mí. Empieza como… como un dolor de sienes, largo y profundo… y termina como un aturdimiento. Dejo de pensar, de sentir incluso. Me noto insensible. Y ese «algo» entra en actividad en mi cabeza. Y piensa por mí, y trata de hacer algo, no sé el qué…

—Un dolor de sienes... Largo y profundo... —me volví, excitado, al presidente Adams, al director del FBI... Les hice recordar —: Ustedes tuvieron que notarlo también. ¿Ya lo han olvidado acaso? Me refiero a la noche antes... Antes de despertarnos así, reducidos, convertidos en ridículos personajillos... Yo tuve un fuerte dolor en las sienes, Kate, también. Seguramente ustedes tuvieron que sentirlo...

—Es verdad —convino Andrews, arrugando el ceño—. Me acosté con un fuerte dolor en las sienes. Incluso lo comenté con mi familia, y ellos me confirmaron que les pasaba lo mismo...

—No hay duda —asintió el presidente Hamilton Adams—. Yo también experimenté ese dolor, Killey. Y si preguntamos a todos los demás, es seguro que nos responderán en términos parecidos. ¿Adónde quiere ir a parar, exactamente?

—A esto, señores: la Enfermedad comenzó así. El dolor de cabeza fue su síntoma inicial. Yo me atrevería a decir que cuando el Virus HR entró en nosotros. Y lo hizo por medio de nuestro cerebro, único punto vulnerable a su naturaleza. Algo que no pudieron hacer con los animales, por la sencilla razón de que, por inteligentes y astutos que ellos sean, carecen de un sentido que nos ha sido concedido a nosotros el raciocinio.

—Esa diferencia puramente mental, ¿puede ser la causa de todo? —indagó Andrews.

—Si el Virus es como imagino, sí —afirmé, rotundo—. Se trata de una forma de vida extraterrestre. Inteligente, pensante, dotada de una vida puramente intelectual. Digamos que son como corpúsculos de inteligencia pura, flotando por el Cosmos, igual que microscópicos meteoritos o radiaciones. Acaso todo el polvo cósmico perdido entre planetas, sistemas solares y galaxias, sea así. Acaso todo en el Universo vive, piensa, palpita. Desconocemos tanto sobre los mundos que nos rodean, amigos míos…

Permanecimos en silencio. El presidente Adams estudió a Kate con interés. Y también con una cierta inquietud, antes de preguntarme:

—Su esposa, Killey, ha hablado de pensamientos ajenos, alojados en su propio cerebro. Usted, ¿qué explicación le daría a eso, puesto que está intentando deducir cosas sobre el virus que nos ataca?

—Existen varias posibilidades —medité, preocupado—. La más plausible, es que esa materia viva, inicialmente alojada en nuestro cerebro, cuyas funciones altera, hasta el punto de provocar una

mutación biológica en nosotros, que afecta principalmente a nuestro volumen, por absorción y contracción de células, se desarrolla también dentro de la mente, y crece en fuerza mental o en dominio sobre nosotros, llegando a absorber parte de nuestros propios pensamientos, para pasar «ellos» a ser los pensantes.

—Eso significaría algo espantoso, Killey —dijo mi antecesor en la presidencia de la nación—. La absorción y anulación del ser humano.

—Exacto —dije con desaliento. Miré a Kate angustiado. Mi expresión debió resultar patética, porque mi esposa ocultó el rostro entre ambas manos crispadas—. Me temo que Kate está empezando a ser anulada, y su cerebro terminará suplantado por OTRO ajeno y remoto, que piense y obre por ella. En ese preciso instante, mi esposa dejará de serlo, para convertirse en un extraño…

* * *

Hasper F. Darrow apagó las luces sobre la mesa operatoria.

Sepultó las manos en los bolsillos de su aséptica bata blanca, y paseó por la estancia, entre vitrinas de instrumental recién fabricado por los nuevos hombrecillos de nuestro mundo liliputiense, de acuerdo con las necesidades de nuestro tamaño actual.

—No sé, señor —dijo roncamente—. Ni siquiera yo me atrevería a asegurar tanto…

Siguió paseando en silencio, como imbuyéndose dificultosamente de ciertas ideas que le hacían rebelarse contra todo. Le contemplé pensativo, desde mi rincón en la amplia sala de revisión médica. Encendí de nuevo la luz de la pantalla de vidrio, contemplando la radiografía del cráneo de Kate. Y también leí los resultados del electroencefalograma que el equipo médico del doctor Darrow había concluido recientemente.

—Es inútil negar la evidencia, doctor —dije con voz cansada—. Usted sabe que tengo razón, aunque se resista a admitirlo.

Me miró vagamente, como con disgusto. Sacudió la cabeza, pero no dijo nada. Continuaba en sus paseos nerviosos. Y ella, Kate, seguía allí, tendida. Inconsciente. Como aletargada. Era Kate, mi esposa. La mujer a quien había reencontrado en mi nueva vida

pequeña. No quería perderla. Nunca más. Pero me preguntó cuánto tiempo iba a durarme siendo aún Kate, mi esposa.

—Usted mismo ha visto algo: adormecido su cerebro, sigue pensando. Sólo que NO ES ella la que piensa entonces. Lo tiene ahí. Alojado dentro de sí. Como usted, como yo... Es cuestión de tiempo que nos domine. Acaso las mujeres sean más sensibles y vulnerables, no sé. Lo que no conduce a nada, es negar los hechos, doctor.

Darrow siguió paseando, hasta detenerse ante mí. Me contempló con franqueza.

—No sabemos nada sobre *eso* —dijo al fin—. Puede que sea un fenómeno temporal, y luego ceda. Es posible que su poder mental se desarrolle y termine por morir.

—Es posible. Pero usted no lo cree, doctor.

—Maldita sea, no lo creo —admitió con ira. Clavó los ojos en el electroencefalograma—. Es como tener dos mentes. Piensa la señora Killey, y piensa *el otro*. No captamos sus pensamientos, ni los entendemos. Pero están ahí. La radiografía del cerebro y del cerebelo es correcta. No se aprecia cuerpo extraño alguno. Pero hay una especie de tejido membranoso que envuelve las meninges. No debería estar ahí. Es muy tenue, tremendamente sutil. También creo que es... *plateado.*

—Es lo que nosotros llamados el Virus HR, doctor Darrow.

—Seguramente sí. Ese tejido es sensible. Podemos admitir que tenga vida propia. Y que *piense.* Incluso podría ser lo que usted dice, señor: puro pensamiento, intelecto errante. Necesita vivir y desarrollarse, y se aloja en algo vivo donde puede medrar y sobrevivir. ¿Sitio ideal? La mente humana.

—Tal vez sin ese alojamiento, el polvo plateado no puede sobrevivir. Pero tampoco podemos intentar su destrucción. Además de no saber nada sobre ello... posee, en cierto modo, a todos nosotros. Se aloja DENTRO de todos. Aquí —me golpeé la frente, con rabia—. Y esa mujer es mi propia esposa, es Kate. No podemos hacer nada a lo que contiene su cráneo, sin hacérselo a ella también.

—En resumen: es como el cáncer. Si lo intentamos extirpar, matamos al enfermo —concluyó con amargura el doctor Hasper F. Darrow, con el rostro ensombrecido.

—Más o menos, doctor, ésa es la situación —le contemplé con

expectación—. ¿Usted qué haría para afrontarla en una forma que pudiera ser eficaz?

Reflexionó unos momentos en silencio. Luego, me estudió callado. Y aventuró una fantástica hipótesis:

—Yo, señor… estudiaría ante todo la naturaleza de esa «cosa» o ser vivo, o cerebro o lo que pueda ser —dijo—. Y para ello, necesitamos disponer de uno, tal como se aloja en nosotros.

—Entiendo. Sería mucho pedir que alguien se sacrificara por los demás, entregando su cuerpo, su cerebro, su vida misma, para la investigación médica. Ni siquiera podríamos asegurar que ese horrible sacrificio fuese útil para algo…

—Pienso como usted —suspiró Darrow—. Pero usted sabe… Hay personas que están muriendo, fuera de aquí, en las calles desiertas de Washington, como en todo el mundo que haya sufrido la Reducción. Hay moribundos, personas que agonizan en estos momentos…

Entendí. Afirmé con energía, pensativa mi expresión. Me acerqué a él decidido.

—Sí, doctor —dije—. Y estoy dispuesto a colaborar con usted, si es que le he entendido. Vamos ya. Le ayudaré a encontrar a esa persona…

* * *

Era una mujer.

No sé si teníamos suerte, pero era una mujer.

Teniendo en cuenta que Kate, como mujer, parecía más sensible al desarrollo paulatino de una voluntad y una mente ajenas a ella, dentro de su propio cerebro, habría que pensar que un ejemplar del sexo femenino podía sernos más útil.

Y lo habíamos encontrado. Ensangrentada, agonizante, no lejos de la Zona S. La atacaban unos pajarillos habitualmente inofensivos, a picotazos brutales, que la habían destrozado los senos y el vientre.

Como buenamente pudimos, el doctor Darrow y yo trasladamos aquel cuerpo sangrante, pequeño como el nuestro, de una

mujer de mediana edad, por cuya vida poco podíamos hacer. Pero cuyo cerebro, si es que sufría igual fenómeno que el que Kate, podía sernos útil en algún modo.

Darrow se dio prisa en tenerlo todo a punto en su quirófano. Nadie, salvo el personal militar de servicio en el área de seguridad, supo de mi expedición al exterior con el doctor Darrow. El presidente Adams, el director del FBI y el coronel Davidson estaban reunidos con miembros de las Naciones Unidas, en una asamblea especial. Algo oí decir sobre el logro de una conexión televisada, a través de un satélite de comunicaciones, con Europa. Iban a cambiar impresiones directas con la TV soviética y alemana, y a través de ellos con Pekín. Pero a estas alturas, el futuro político del mundo empezaba a tenerme perfectamente sin cuidado. Éramos nosotros mismos, como especie viviente, como raza humana. como animales racionales, los que peligrábamos de un modo aterrador.

Si «aquello» era más fuerte que nuestro intelecto y que nuestra miserable naturaleza actual, estábamos perdidos. Definitiva y totalmente perdidos.

Eso era lo que el doctor Darrow y yo pretendíamos evitar a la desesperada. El experimento era sólo eso: un experimento. No se podían alimentar excesivas esperanzas ni optimismos. Pero tampoco se debía renunciar a la lucha. Cualquier cosa era mejor que cruzarse de brazos y esperar el desenlace definitivo sin hacer nada.

La mujer murió apenas situada en la mesa operatoria y tratada con calmantes que aliviaran sus dolores, agónicos. Darrow se sintió un poco decepcionado.

—Habrá que trabajar de prisa —comentó—. En pocos minutos, el cadáver será ya completamente inútil para la investigación…

Miré los electroencefalógrafos. Tras la muerte clínica, la actividad cerebral continuaba, aunque sumamente débil. Las sensibles agujas acusaban esas vibraciones vitales, que iban amortiguándose por momentos, a medida que la muerte total se apoderaba del organismo tendido en el quirófano especial.

Solamente Darrow, dos ayudantes suyos y yo, estuvimos presentes en la urgente trepanación que llevó a cabo, desenvolviendo el cerebro bajo la luz, extraída en su totalidad la masa encefálica del interior de su caparazón de hueso y membranas.

La luz hirió la membrana extraña. El *intruso* en el cráneo humano.

Era de un plateado sucio, grisáceo. Las pinzas y el bisturí de Darrow se detuvieron sobre aquel tejido. La luz descendió vertical.

—Mire —dijo roncamente—. Aquí lo tenemos...

Estudié casi con odio aquella forma de vida adherida virtualmente al cerebro de la mujer ya fallecida.

Era como verse cara a cara con un extraño, con un invasor.

*Un invasor...*

La idea era ridícula, propia de nuestra xenofobia, del maniqueísmo del ser humano a lo largo de los siglos. Pero no dejaba de tener un tremendo fondo de verdad desnuda. INVASION. Era eso, en cierto modo. La invasión de cuerpos, de cerebros, el verdadero dominio silencioso y solapado del ser humano.

—¿Está... *vivo?* —pregunté con un escalofrío.

Asintió.

—Vivo, sí. Parece no tener vida ni movimiento, pero es que sufre una especie de letargo —me explicó roncamente—. Estamos viendo una de esas diminutas escamas plateadas que antes descubrió usted en el microscopio electrónico, señor Killey. Sólo que la escama que se aloja en el cerebro humano, alterando su naturaleza y reduciendo su volumen en escasos minutos, por contracción y condensación celular súbita, se desarrolla luego, paulatinamente, hasta envolver todo el cerebro. Este, evidentemente, es un caso de desarrollo parcial, ya que sólo envuelve media masa encefálica, como una membrana más. ¿Imagina lo que sucede cuando TODO el cerebro y el cerebelo queda envuelto en ese tejido plateado?

—Sí —dije ahogadamente—. Entonces, la persona deja de ser tal.. , y piensa como si fuese una de esas cosas, porque su propio cerebro quedará anulado.

—Exacto —afirmó sombríamente el médico, sin dejar de mirarme, impresionado—. Me temo que, más o menos, ésa es la auténtica situación de todos nosotros, señor...

* * *

Mi informe a las Naciones Unidas y a la televisión mundial,

establecido el contacto con las estaciones de emergencia reconstruidas a escala ínfima en Europa, había terminado.

Todos me escucharon en silencio. Un impresionante silencio a través de miles de millas que nosotros éramos incapaces de recorrer ahora físicamente, salvo a través de las ondas hertzianas.

—Bien, caballeros —dije al final, amargamente—. Ahora ya conocen la situación real. Ya saben cuál es el final de esta Enfermedad…

—La muerte —sentenció el secretario general de las Naciones Unidas, desde la cabina de TV establecida en Nueva York.

—Una extraña muerte, señores —acepté—. Es posible que nuestro cuerpo continúe existiendo, pero sólo como vehículo al servicio de OTRO cerebro que no tenga ninguna relación con el nuestro. Ni con nuestros sentimientos y reacciones humanas, por supuesto.

—Perdone que le interrumpa —habló el profesor Bernard Schawartz, Premio Nobel de Biología, desde la estación de televisión de Bonn—. Según sus teorías, señor Killey, usted, yo y todos nosotros, somos en potencia uno de esos cerebros o formas de vida que nos han invadido. Es decir, llevamos *dentro* al invasor, que, además, es pura inteligencia. ¿Me equivoco?

—A grandes rasgos, no —convino junto a mí el doctor Darrow —. No se equivoca, profesor. Esa es, más o menos, la situación.

—Muy bien, señores. En ese caso, ¿por qué estamos aquí discutiendo amigablemente todo eso, sin que «ellos» intervengan y hagan lo que sin duda están sobradamente capacitados para hacer, como sería bloquear o anular nuestra actividad mental, siquiera fuese en parte, para aturdimos e impedirnos pensar juntos una solución al problema? No estamos ante un virus ni ante un tumor propiamente dicho, según se desprende de las investigaciones del doctor Darrow, sino ante un ser vivo e inteligente…

—Pero un ser en letargo durante su crecimiento —señaló fríamente el médico—. Yo diría que reposa sobre el cerebro humano en un período breve de tiempo que le sirve para crecer y desarrollarse. Cuando ese desarrollo es total y abarca la totalidad de la masa encefálica por su parte externa, el cuerpo extraño debe ser adulto, potencia su fuerza mental, y anula al cerebro ocupado. Eso empieza a suceder paulatinamente, cuando su fuerza despierta. De momento, profesor, no están capacitados para impedirnos pensar. Pero pronto,

muy pronto, comenzarán nuestros dolores y empezaremos a sentir lagunas en nuestras ideas, dándonos cuenta de que alguien más piensa por nosotros… sin que podamos impedirlo. Situación que se produce antes en la mujer, según todas las apariencias. Quizá por cuestión de sexo. Algo que aún no hemos determinado es precisamente el SEXO de esa membrana plateada en que se convierten las escamas llegadas del espacio.

—Su explicación es verosímil, doctor —convino secamente el profesor Schawartz. Se reclinó en su asiento, preocupado—. No sé si tendremos tiempo, medios ni ocasión de hacer algo. Pero vamos a intentarlo aquí, al tiempo que ahí lo intentan ustedes. Sólo se me ocurre decir que Dios nos proteja a todos…

Eso era algo que ya se me había ocurrido pensar a mí. Creo que el hombre piensa en Dios todo lo que dejó de pensar antes, justo cuando ve que por sí mismo es incapaz de resolver sus dificultades.

Lo que hacía falta es que, como decía el premio Nobel de Biología, Dios se acordase de todos nosotros.

Y nos ayudase en este terrible trance por la supervivencia del Hombre en el mundo…

Personalmente, no podía por menos de sentirme terriblemente pesimista. Sobre todo, cuando me informaron de que Kate sufría agudos dolores de cabeza, y había entrado en lo que parecía un profundo estado de coma…

## CAPÍTULO V

El doctor Darrow inyectó a Kate por segunda vez.

Ella redujo algo sus quejas, pero no del todo. El médico me miró, significativo, meneó la cabeza de lado a lado, y enjugó con una suave tela el sudor helado que empapaba las manos y rostro de mi desgraciada esposa.

—Lo siento, señor —dijo Darrow—. Ya no puede hacerse más por ella...

Le miré, angustiado. Crispé mis manos, en un acceso de furia impotente, junto al lecho en que ella reposaba, inconsciente, agitada sólo por aquellos espasmos dolorosos.

—¿Va... va a morir? —indagué con voz rota.

—Morir... —el médico se encogió de hombros—. Ni siquiera puedo responder a eso, señor Killey. Esta no es una enfermedad como las demás. No sé si, una vez anulado su cerebro, ese cuerpo extraño sigue utilizando el físico de la persona para su propia existencia.

—Si fuera así, doctor... Kate se convertiría en un robot, en una especie de autómata que nada tendría que ver con ella: solamente su forma física, al servicio de alguien que nada tiene en común con ella.

—Es posible. Sé tanto como usted al respecto.

—Pero esa situación resultaría monstruosa. ¡Es preferible ver morir a un ser querido, a servir de envoltura a un asesino llegado del espacio!

—No sé qué pensar. Supongo que una nueva moral y un nuevo sentido del delito, del amor y del odio, habrá que aplicarlo a este caso concreto. Especialmente, si es el principio para la metamorfosis total de todos nosotros en un mundo de autómatas con cerebro ajeno.

Salió de la habitación sin añadir más. No quise entretenerle. Tenía mucho que hacer, hundido en sus desesperadas investigaciones, buscando antídotos o remedios contra aquello, fuese enfermedad, agresión, maniobra invasora o lo que Dios quisiera. Darrow no

dormía. Sus ojos estaban rodeados de profundas bolsas, y se mantenía en pie gracias a excitantes y drogas. Posiblemente todo eso no serviría de nada. Pero estaba luchando hasta el límite de sus fuerzas, y eso había que agradecérselo.

Aunque a Kate, a mi Kate no le sirviera ya de nada todo eso, yo se lo agradecía desde lo más profundo de mi corazón. Cuando menos, lo intentaba todo, con generoso sacrificio personal. Que lo lograse o no, ya no era cosa que él pudiera decidir.

Estábamos en manos de «aquello». Vencidos, dominados por algo que no entendíamos, pero que estaba aquí, entre nosotros. Que nos poseía. Que nos dominaba. Que se alojaba dentro de nosotros, en un letargo ominoso, despiadado, frío y vigilante. Acurrucado allá dentro, en nuestros cerebros, adheridos a nuestras meninges, a las membranas encefálicas. Esperando. Siempre esperando su hora, su momento.

Y creciendo. Siempre creciendo…

—Dios mío… —murmuré, aferrando la cabeza entre mis manos. Me incliné sobre la desventurada Kate, cuyos momentos sabía que estaban contados ya. Ni siquiera estaba seguro de que ahora quedase mucho de ella en pensamientos, sentimientos, en espíritu concretamente. Oí mi voz, murmurando roncamente palabras que no conducían a nada ni servían de nada:

»Kate, vida mía. Mi Kate adorada… Cuando te creí más perdida, te recuperé. ¿Y para qué, amor? ¿Para perderte definitivamente ahora, sin poder hacer nada en tu favor sin que me sea posible recuperarte, siquiera fuese para… para morir ambos unidos, teniendo el consuelo de irnos juntos de esta vida, siendo todavía Kate y Luther Killey?

Siendo todavía Kate y Luther Killey… Morir unidos… Irnos juntos de esta vida…

La idea me asaltó bruscamente. No, ya no eran sólo palabras, ideas quebradas y dolores intolerables. Ya no era sólo desesperación y agonía junto a ella…

Era una idea. Una sola.

Ella y yo… Unidos…

—Sí, Kate.. —la miré, alucinado. De momento, todo se había borrado de mi mente. Me dolían las sienes con fuerza, pero yo ni

siquiera lo advertía. La idea fija, obsesiva, era superior a todo lo demás. Era una ocurrencia demencial, aterradora. Era olvidarse de todo. De mí, de mi futuro, de mi pueblo de todos los demás. Era pensar solamente en ella y en mí. Era acaso, el último rasgo de egoísmo de un ser humano que se resiste a ser vencido, burlado por algo que está más allá de la propia muerte.

—Sí, sí... —me repetí, ya en pie. La contemplé, estirada, pálida sudorosa inconsciente con su respiración profunda entrecortada, con su jadeo hondo, de persona en coma, cercana ya la muerte. O cuando menos, su muerte. La muerte de la Kate Killey que yo amaba...

Me encaminé a mi chaqueta, abandonada en un asiento de la estancia. La tomé con lentitud. Todos íbamos armados ahora, desde que se lograron nuevas armas diminutas, defensivas contra cualquier peligro del exterior.

Esgrimí mi arma. Con ella, rígido, caminé hacia el lecho de Kate. Primero sería ella. Luego, yo. Oprimiría su mano, tras el disparo compasivo. Y juntos nos iríamos hacia un lugar que nadie nos podría quitar ya: la paz eterna, la que «ellos», los intelectos plateados del Cosmos, no podían darnos en absoluto.

Había un modo de burlar al «enemigo». Y era la muerte. No existía otra evasión.

—Te amo, Kate —musité, inclinándome sobre ella. Besé sus labios, yertos y fríos, húmedos de transpiración. Era como besar mármol. O piel de persona muerta—. Te amé siempre... y esto es lo último que puedo hacer por ti y por mí... Si hay error o culpa en ello, que el Señor me disculpe. Él sabe que lo hago como liberación de algo monstruoso que no debe vencemos...

La apunté con el arma. Era doloroso acabar yo mismo, precisamente yo, con la vida de Kate. Pero eso era sólo la prueba suprema. Después, el arma se volvería contra mí, y todo habría terminado.

Me quedé mirando a mi esposa. Era la mejor forma de morir. Llevándome el recuerdo de ella a la eternidad. Viendo por última vez la imagen póstuma de este mundo: su sereno, hermoso rostro, convulsionado ahora por la angustia y el dolor. Cuando le llegase la muerte, al segundo siguiente, estaba seguro de que una paz absoluta se extendería por su atormentada faz.

Por primera, y por última vez también, me sentí casi triunfante.

Era una dura, una amarga victoria la mía.

Pero victoria, al fin y al cabo…

* * *

—No, Luther Killey. No es ése el camino. No lo hagas.

No pude saber cómo sucedía. No entendí bien el sonido de la voz. Pero llegó claramente a mí.

Y era una voz demasiado familiar, demasiado conocida, para que yo la rechazase, para que yo le prestase oídos.

Dilaté mis ojos, fijos en ella. Grité roncamente:

—¡Oh, Kate! ¡Has hablado! ¡Has hablado tú, Kate querida!

—Sí, Luth. He hablado yo. Tienes que escucharme. No lo hagas…

La contemplé aturdido. Sus labios se movían. Pero no se abrían sus ojos, no revelaba nada su rostro yerto… Creí comprender. Y sentí furia. Una furia demente y fría. Un odio lúcido y feroz.

—Ah, no, no… —mascullé, colérico—. No, Kate… ¡Debí imaginarlo! ¡Ya no…! ¡YA NO ERES TU! Me estás hablando con tu voz, sigues con tu cuerpo, pero lo que se mueve, lo que palpita dentro de tu mente, es… ¡EL OTRO! ¡El cerebro de otros mundos! ¡Estás hablándome ahora en nombre de él!

—Exacto, Killey —dijo la voz de Kate, como la de una extraña. Y seguía allí, rígida, sudorosa, como en trance. Sólo que ahora no se quejaba no se agitaba convulsivamente, y yo no podía saber si eso era mejor o terriblemente peor—. Te hablo a través de ella. No tengo otro medio de utilizar voz, palabra, sonidos inteligibles. Kate Killey es mi intérprete ahora. Mi recurso sonoro solamente. Debes escuchar…

—¡No, no! —sollocé, crispado—. ¡Ya se ha producido! ¡Te has apoderado de ella! ¡Eres sólo un autómata humano, con mente extraña!

—No desvaríes, Killey. Eres un hombre frío, sereno, inteligente. Muchas de las cosas que has deducido eran ciertas. Trata de escuchar, de entender, de razonar…

—¿Razonar? ¿Ante el cadáver de mi esposa? ¿Ante tu víctima, monstruo? —rugí.

—Luther Killey, tu esposa no ha muerto. No aún. Es sólo un cuerpo en letargo. Como nosotros lo estamos mentalmente, durante nuestro período de adaptación a otros cerebros. Os hemos hecho mucho daño, lo sé. Me doy cuenta de ello. Tú querías establecer relación con NOSOTROS, ¿recuerdas? —fue la suave, breve risa de Kate la que yo oí. Una risa singularmente burlona ahora—. Querías esto mismo. Y ahora que lo has conseguido, te exasperas y quieres estropearlo todo, absolutamente todo, sólo por un simple sentimiento de afecto, por un sentimentalismo amoroso…

—¿Qué podéis saber vosotros de sentimentalismos, de amor o de afecto? ¡Sois fríos, despiadados y crueles! ¡Nadie puede ser perfecto, siendo solamente inteligencia, cerebro, materia pensante! ¡Hace falta algo más que eso, para dar calor y ternura a los seres vivientes!

—Hablas como corresponde a tu especie y raza, Killey. No te reprocho nada. Sólo trato de entenderte. Y que tú me entiendas a mí, ahora que has conseguido lo más difícil: la comunicación. No todos tienen tu suerte. No todos lograrán hablar, a través de otro ser humano, con nosotros, los que llegamos accidentalmente a vuestro mundo.

—Y por accidente nos estáis aniquilando, destruyendo, invadiendo nuestros cuerpos y nuestra existencia toda —le reproché abruptamente—. ¿Eso es justo, quienquiera que seáis? ¿No es eso un auténtico genocidio una masacre de gentes civilizadas que ningún mal os causaron jamás?

—Tú lo has dicho, Killey. Por accidente sucede todo esto. Insisto: tu esposa vive aún. No te desesperes, no nos culpes de nada. No dispares ese arma y causes un desastre. Matarías a la propia persona a quien tanto amas, y eso sería solamente una enorme torpeza por tu parte, Killey. He advertido que eres hombre destinado a gobernar a los tuyos. Demuestra que ellos no se equivocaron al elegirte. Que realmente, eres digno de su fe en ti. Si alguien puede salvar a todos los tuyos, ese alguien eres tú.

—Yo… ¿Yo? —miré a Kate, a su cuerpo yacente, intermediario entre una raza cósmica y yo, con estupor, con incredulidad—. ¿Qué puedo hacer yo, Dios mío, miserable de mí?

—Está en tus manos, Luther Killey. Deja esa arma. Y escucha.

Escucha la voz de que me sirvo, puesto que es la única que poseo. Los que somos pura y simple inteligencia, carecemos de forma concreta, de cuerpo, de físico real. Somos..., eso mismo: pensamiento, en forma de polvillo de apenas nada. Unas simples escamas plateadas revoloteando de mundo en mundo, a través de trillones de millas, a lo largo y ancho de millones de años-luz...

—Pero llegasteis aquí... Os alojasteis en nosotros, en nuestras mentes —golpeó el cráneo con ira—. ¡Yo mismo tengo ahora a uno de VOSOTROS aquí dentro! ¡Y tú lo sabes...!

—Claro. Todos tenéis a uno de nosotros aquí dentro... Nos estamos *alimentando* de vosotros. O moriríamos fatalmente, Killey.

—¿Has dicho... ALIMENTANDOOS? —se erizaron mis cabellos —. ¿De nuestras mentes?

—En cierto modo. Estamos compuestos de algo muy similar. Vuestros cerebros son más rudimentarios, pero poseen las células que a nosotros se nos agotaron en nuestro interminable viaje cósmico. Vuestra razón emite una serie de aminoácidos, de corpúsculos o fracciones vitales, capaces de alimentar nuestra materia inteligente. Así nos desarrollamos, en un letargo durante el cual acumulamos energías, células grises, inteligencia absorbida, pero que no DESTRUIMOS, sino que dejamos las mentes humanas tal y como las encontramos, tras la absorción de esa materia que vosotros nunca usáis, y que para nosotros es vital. Pasado el ciclo, el letargo termina. Y somos intelectos adultos, a punto de llegar al máximo esplendor de nuestra existencia.

—Pero todo eso, a costa de un daño terrible. El primero, nuestra reducción monstruosa. El segundo... dolores de cabeza, coma, muerte acaso... Y eso, sin contar las víctimas de los animales que no fueron víctimas de la Reducción.. .

—Eso es algo con lo que, desgraciadamente, no supimos contar. Lo sentimos, pero el fenómeno se produce por nuestra especial estructura biológica. Provocamos una inmediata contracción celular que, tal vez, sea en el fondo lo que os salvó de perecer por culpa nuestra, aunque no impidió que os quedaseis sorprendentemente pequeños. Quisiéramos reparar ese daño, pero mucho me temo que sea imposible de lograr, al menos en lo que se refiere a vidas humanas perdidas estérilmente. Es nuestra única culpa, ciertamente. Ignorábamos todos los problemas que vuestra especie iba a suponer para nuestro desarrollo. Pero existe algo que tú conoces, como todo ser vivo e inteligente, y es la lucha desesperada por la supervivencia.

Nosotros, perdidos en el Cosmos, lejos de nuestros mundos, hemos pasado por ese trance. Hemos vencido, y sobrevivimos ya. Disponemos de la suficiente carga biológica para superar las barreras del espacio nuevamente, y regresar a nuestros ámbitos sin perecer en el camino. Todo eso fue gracias a vosotros. Ha costado un sacrificio vuestro y lo sentimos. Pero creo que cualquiera de vuestras viejas guerras, era millones de veces más brutal y despiadada que nuestros pobres e irremediables errores...

Me mantuve en silencio. La voz de Kate, como intermediaria de una mente lúcida, extraña y sorprendentemente sensible ahora, me producía una extraña emoción. Sabía que mi esposa solamente ponía sus cuerdas vocales y el sonido de ellas, pero aun así, era su voz. Y, además, existía ahora un leve resquicio de esperanza en la sugerencia de aquel ente cerebral con el que estaba yo dialogando en increíble entrevista más allá de todo lo imaginable.

—Y… ¿y Kate? —pregunté roncamente—. ¿Ella... vivirá?

—Ella vive —afirmó la voz—. Y vivirá. Todos viviréis, en realidad. Vamos a marcharnos ya.

—¿Marcharos? —dudé estupefacto—. ¿Cómo? ¿De qué modo pueden surgir de nuestros cerebros, de *dentro* de nuestro cráneo, esas membranas grises que he visto... y conservar nosotros la vida?

—La membrana es materia mutante —oí una leve risa en la voz de Kate—. Puede ser polvo, gas, tejido sutil, escamoso... Mira, Kelley. Mira bien lo que vas a presenciar. Luego te sucederá a ti otro tanto. Solamente será una breve prueba, porque de abandonar ahora uno solo de nosotros el cerebro en que se aloja, ocurriría algo espantoso.

—¿Qué es lo que sucedería? —me intrigué.

—Que la persona desalojada recuperaría *inmediatamente* su tamaño normal. Y, con ello, perecería aplastada toda persona situada cerca de ella.

—No es posible. . —susurré, alucinado—. ¿Insinúas que..., que no sólo vais a abandonar nuestros cráneos sin dañarnos, sino que... volveremos a ser como antes de la Reducción, antes de..., de la Enfermedad?

—Eso es lo que he dicho. Lamento que seamos para vosotros, biológicamente, una especie de virus. Eso dificultará por una eternidad la relación entre formas de vida como la nuestra y la de vosotros... Pero esto que vas a ver ahora, repito, es solamente una

prueba, una muestra concreta de lo que sucederá cuando llegue la noche y vuestro reposo... y TODOS salgamos de vuestro cerebro, para volar lejos, muy lejos, adonde vuestra Ciencia aún no ha soñado siquiera con llegar... ¡Mira, Killey, mira...!

Miré. Y vi salir por entre los labios yertos de Kate, algo parecido a un vaho, a un ectoplasma sutil, liviano. Algo así como polvo plateado, como un leve, ligerísimo gas que se diluía luego en la atmósfera.

Cesó el prodigio. Kate seguía como en trance. Miré, profundamente confuso.

—Cielos... —atiné solamente a musitar, sintiéndome pensativo, su figura tendida.

—Ya has visto la realidad, Killey —siguió murmurando apaciblemente la voz de Kate, como intérprete de otros seres—. Será indoloro, insensible. Os quedaréis de nuevo con vuestro mundo de antes. Y todo será como fue siempre. Con el tiempo, llegaréis a olvidar todo esto, a preguntaros si no fue todo producto de una ilusión, un simple sueño...

—Pareces conocernos muy bien, para llevar tan poco tiempo entre nosotros —comenté con acritud.

—Hemos bebido en las fuertes de vuestros cerebros y aprendimos a conoceros —rió la voz—. No se puede decir que ignoramos cómo sois, cómo pensáis realmente. Y aunque estéis llenos de defectos, aunque seáis orgullosos y engreídos..., hay en vosotros algunas cosas buenas que os hacen mejores de lo que realmente llegáis a creeros a veces. No sois perfectos, pero cuando menos, admitís que no lo sois. Y eso, Killey, ya es algo.

Hubo un breve silencio en la estancia donde acababa de desarrollarse la más fantástica charla de todos los tiempos. Algo que si lo relataba a los demás me alejaría de la Casa Blanca definitivamente, por sospechas de demencia.

—Me gustaría saber cuándo…, cuándo sucederá eso... —dije, acariciando mecánicamente los cabellos de Kate.

—¿El fin de la Mutación? —hubo una pausa corta—. No os daréis cuenta de ello. Para evitar un *shock*, actuaremos igual que en un principio… Os quedaréis aletargados. Y al despertar al otro día... todo será como fue siempre.

—¿Y…, y vosotros?

—Nosotros estaremos lejos. Muy lejos. Tanto, que nada ni nadie podrá localizar rastro de nosotros. El pensamiento viaja rápido por el espacio, Killey.

—Sí, imagino que sí… —contemplé largamente a Kate, en cuya mente se alojaba aquel cerebro extraño, remoto, aquella forma de vida inteligente con la que estaba yo dialogando. Quise saber algo más. E hice una pregunta—: Tú…, ¿quién eres exactamente *tú*, dentro de los tuyos? ¿Algún personaje especial, alguien con autoridad y poder sobre los demás?

Esta vez, la pausa fue más larga. Quizá yo quería saber demasiado. Tal vez me adentraba en terrenos prohibidos. Pero hubo respuesta.

—Nosotros somos diferentes a vosotros en todo. Tan diferentes como nuestra apariencia y la vuestra, pongamos por caso. Nuestra sociedad es radicalmente distinta, sin ningún punto en común, como es lógico. Pero traduciendo ideas a vuestro concepto de las cosas…, digamos…, digamos que yo, Killey, soy…, soy el equivalente a un hombre llamado Luther Killey aquí en este mundo.

Miré a Kate. Hubiera querido que mis ojos fueran más lejos, que llegaran a…, a él. A lo que «aquello» pudiera ser. Pero eso formaba parte de lo imposible. Eso estaba más allá de los límites permitidos a un simple ser humano.

—Entiendo —dije—. Tienes autoridad, poder… Te obedecen los demás…

—En cierto modo. Por eso mi palabra es ley. Cree en ella, Killey. Ten fe, y espera. Espera con calma. No te dejes guiar por la desesperación o el impulso ciego. Demuestra que tenéis para algo ese cerebro que ha significado nuestra supervivencia futura… Ahora, Killey, adiós. Este diálogo ha terminado, nunca más hablaremos tú y yo en modo alguno. Jamás volveremos a tener un contacto de ningún género. Pero me ha gustado conocerte.

—Tal vez también me gustó a mí conocerte, aunque sólo fuese a través de la voz de mi esposa… Supongo que…, que ni siquiera tienes un nombre…

—No, ninguno. Ya te dije que somos muy diferentes. Adiós, Killey.

—Adiós, amigo.. —dije con sencillez.

Creí que todo había terminado ya. Me sorprendió oír de pronto la voz de Kate. con cierto tono de extrañeza y de agrado al hablar:

—Gracias, amigo —se despidió definitivamente.

Y el caso es que tuve fe. Creí en «él». Supe que cumpliría su promesa.

Supe que el fin de la Mutación estaba próximo. Sin darme cuenta, quizá había hablado con un poder galáctico, con un gran jefe de otros mundos y otras formas de vida, en una reunión de «alto nivel» realmente fantástica e increíble...

Miré a Kate. Y tuve fe también en que ella volvería a mí. En que nunca la había perdido del todo...

# *CONCLUSIÓN*

# MAÑANA

Sí. Mañana...

Tú, lector, conoces la historia. Como yo mismo, eres una víctima de la Enfermedad. Sufriste la Reducción. Sabes lo que es el Virus HR, y lo que ha significado para ti esta vida increíble de unos días convertido en diminuta reproducción de ti mismo.

La Mutación va a terminar, si no me engañaron. Y no creo que lo hicieran.

Es ya de noche. Nuestra noche decisiva. Tengo sueño. He procurado tomar algo que me diese somnolencia. He besado a Kate, que reposa junto a mí, en el que sigue siendo para ambos un enorme lecho, en cuyas arrugas nos perdemos. El gran reloj de pulsera está ahí, parado ya. No me he preocupado de él. Era demasiado trabajoso y lento darle cuerda. Al diablo con él.

Mañana le daré cuerda, si no ha vuelto a funcionar su mecanismo automático durante la noche.

Mañana...

Es curioso. Uno habla de «mañana» con la mayor naturalidad del mundo. Mañana, cuando el sol luzca de nuevo, es posible que no queramos ni recordar. Que pasemos de largo por las aceras donde unas diminutas manchas rojo oscuras, apenas visibles para entonces a nuestros ojos, señalarán el sacrificio de unos pocos, víctimas de una crisis inaudita.

Es posible que demos la mejor comida a nuestros perros y gatos. Que compremos grano a las palomas y sigan pareciéndonos los animales domésticos cariñosos y nobles. Que consideremos a la paloma símbolo de todo lo puro y lo hermoso. Y olvidemos. Olvidemos lo que no es agradable recordar.

Los humanos tenemos una gran facilidad para olvidar, si realmente *deseamos* olvidar. Eso es lo que sucederá mañana. En ese

mañana diferente a todos, que nosotros queremos creer que es igual, monótonamente igual a todos los demás.

No sé… Casi tengo miedo.

Miedo a que todo vuelva a ser como siempre fue. Miedo al día de mi nombramiento como presidente de Estados Unidos, iniciando ya mi período legislativo. Miedo a que no sepa ser un buen presidente. Miedo a que Kate, mi Kate, vuelva a ser la misma Kate de antes, la que quería divorciarse de mí, la que no era feliz junto a Luther Killey…

No, eso no. Sería terrible. Preferiría que todo siguiera igual. Que fuésemos pequeños y desvalidos. Que yo tuviera que defender a Kate de un simple mosquito, y sentir su debilidad buscando mi apoyo. Que yo, significara para algo más que un esposo, un presidente, un político, un compañero rutinario de vida.

Mañana, tendré la respuesta. Mañana, todo esto dejará de ser incógnita y duda, para ser realidad. Empezará otra vez la vida. El frigorífico será accesible, la comida y la bebida no serán un problema, y los Bi-Móviles y todo este micromundo que hemos tenido que levantar trabajosamente en poco tiempo, tendrá tan poco sentido como una casa de muñecas.

Sí. Tengo miedo, la verdad. Miedo de volver a la normalidad. Miedo de ser como siempre he sido. Miedo de que el mundo, este mundo que hemos creado nosotros y que repentinamente nos vino demasiado ancho, sea ahora demasiado estrecho para mí.

—Kate… —musité, contemplando a mi esposa aletargada—. Kate, cuando menos tú…. tú debes ser como has sido después, durante … durante la Mutación. Eso sí fue algo hermoso. Valió la pena vivir esa odisea esa aventura terrorífica, para encontrarnos a nosotros mismos. Yo…, yo te prometo ser como he sido en estas jornadas de vida empequeñecida en lo físico, pero quizá más grande, más generosa, mas llena de sacrificio y de humanidad que ninguna otra.

No. No me escuchas, Kate. Aún no. Aún tu cerebro, el mío, el del presidente Adams, el de todos y cada uno de nosotros, incluso tú, amigo mío, que sigues mis divagaciones poseemos dentro de la mente una presencia extraña que hoy, esta misma noche, al dormir, nos abandonará para siempre, en su nuevo éxodo hacia las estrellas.

Entonces, volveremos a ser los hombres que siempre fuimos. Con nuestros enormes errores, nuestros grandes defectos… y nuestras escasas pero ciertas virtudes. Volveremos a la normalidad. La Enfermedad, la Reducción, será un simple recuerdo. Acaso la duda de

una fea pesadilla que todos queremos olvidar.

Sólo que algunos, no olvidaremos. Yo, por ejemplo.

Nunca olvidaré una lucha frente a un mosquito. Una lucha ante un monstruo ridículamente pequeño, que entonces fue terriblemente grande. Fue la lucha por algo más que la propia vida. Creo que aquel momento fue la lucha por recuperar la fe y el amor de alguien que valía demasiado para perderlo estúpidamente.

Como un nuevo y microscópico caballero andante, recuperé a mi dama en liza contra el dragón de turno. Y eso no quiero olvidarlo. No puedo olvidarlo. Ni creo que ella lo olvide…

Esa es mi esperanza. Mi gran esperanza.

En eso es en lo único que confío. Mañana sabré si con razón o sin ella.

Mañana…

Sí, amigos míos. Estoy cansado. Muy cansado. Empiezo a sentir sueño. Se me cierran los párpados.

Este sopor… Sé que ya llega. Es el momento.

Voy a dormirme. Es la noche. La última noche de la humanidad reducida. La última noche de la Mutación.

Mañana habrá amanecido un día nuevo, distinto. Mañana.

# FIN

**(**[1]**)**Una pulgada, medida inglesa de longitud, equivale a unos dos centímetros y medio, aproximadamente. La altura de un fósforo de madera, poco más o menos.